

# Además...

SUPLEMENTO DOMINICAL DE "LA REPUBLICA" CON ESTE CONTENIDO:

- \* Los maestros de la literatura policial: EL CASO DE LA SOMBRILLA AZUL. (Una novela larga completa), por Carl G. Hodges.
- \* VIDA (Poema), por Alfonso Ulloa Zamora.
- \* Tradiciones cosfarricenses: MEDITACION SOBRE LAS RUINAS DE LA PARROQUIA DE CARTAGO, por Gonzalo Chacón Trejos.
- \* ANECDOTARIO NACIONAL, por Carlos Fernández Mora.
- \* El hombre y su huella: BENJAMIN PALENCIA, por Guillermo Morón.
- \* Los libros y los días: NOTICIA POSTUMA DE COLLETTE, por Ramón Sender.
- \* CARTAS DE LUZ DEL ALBA.

San José, Costa Rica, 19 de setiembre de 1954.

Nº 115.

## El Caso de la Sombrilla Azul

CAPITULO I

Por CARL G. HODGES

(Propiedad del autor. Distribuido por King Features Syndicate).

**T**ERRY abrió la puerta del cuarto de nuestro hotel e invitó a la señorita Allen a que entrara. Inclino su alta figura y un mechón de pelo rubio cayó de lado sobre su frente. Arrugó su nariz respingada a nuestra visitante y sus ojos azules y sonrisa infantil pusieron aquella expresión de alegría en su rostro que me hacían sentir tan afortunada. La señorita Allen cruzó el cuarto con cierta afectación dirigiéndose hacia donde yo estaba. Era una mujercita rubia, pero muy sincera y alerta y que aparentemente usaba aquellas gafas con marco dorado sólo para ocultar su evidente juventud.

Quando la oí hablar por teléfono unos momentos antes, pidiéndome una entrevista para un artículo en una revista de teatro y cinematografía, parecía haber estado muy segura de sí misma. Ahora parecía sentir hacia una especie de reverente temor.

—Usted es... usted era la hermana de Lorelei. Usted es la señora Drennan. Es usted muy bondadosa al recibirme y contarme la historia. Al decir esto echaba miradas vagas a su librito de notas y a su lápiz.

Terry me dirigió una sonrisa y luego se volvió a la señorita Allen. Yo soy Terry, —le dijo. Le contaremos todo lo que quiera acerca de Lorelei.

La señorita Allen se sentó junto a mí en el diván, Terry se acercó una silla de alto cojín y nos ofreció cigarrillos y preparó su encendedor.

Entonces yo dije, —Vivimos en Springfield, como usted sabe; mi esposo es arquitecto. Vine acá acompañándolo en un corto viaje de negocios. Era muy natural que hiciéramos una visita a Memorial Lawn. El tiempo tiene alas. Me parece increíble que haya pasado ya un año desde el asesinato de Lorelei.

Ella observó, —¿Usted nunca estuvo en el teatro, en el cine, como Lorelei?

—Sí, —admití, — pero todo eso ya pasó. Soy muy feliz como esposa de un arquitecto.

La señorita Allen nos informó, —Yo era una de las admiradoras de Lorelei. La vi en todas las películas que hizo. La vi en perso-

na, aquí mismo en Chicago. Lorelei era maravillosa. Tan hermosa, tan considerada, tan generosa.

—Gracias, —le dije.

—Ayer, — continuó la señorita Allen, —fui a Memorial Lawn donde está sepultada. Vi la inscripción de bronce que tiene su tumba. Una expresión de duda hizo que su ceño se frunciera un poco. Lorelei y las fechas de su nacimiento y de su muerte. Nada más, eso. No Lorelei Ames o Lorelei Underwood. Solamente Lorelei. Una expresión de confusión pareció notarse en sus ojos a través de las gafas. ¿Era casada, verdad?

—Sí. Varias veces. ¿Quién podría olvidar al pobre y extraviado Michael Drennan, el profesor Alemán? Había sido el primero que ella había manchado con el deshonor.

La señorita Allen continuó. Vi el epitafio: "El mal que hacen los hombres vive después de que ellos mueren; el bien que hacen, a menudo es sepultado con sus cuerpos". —¿Quién lo escogió, señora Drennan?

—Yo. Lo escogí a propósito.

—Es de Shakespeare, por supuesto. ¿Era algún verso favorito de ella?

—De acuerdo con mi hermana, Shakespeare era un cuadrado inglés, si se da cuenta de lo que quiero decir. Por su expresión puede ver que no. Yo escogí el epitafio, señorita Allen.

—¿Por el sólo hecho de que ella era actriz?

—No, por el hecho de que era la verdad.

MAS O MENOS UN AÑO ATRAS EN LA HISTORIA

Llamé al número 1209 con el temor de que nadie iba a oírme por sobre el alegre bullicio que aún podía escucharse detrás de la puerta, alegre celebración del término de cuatro semanas de presentación en el Selwick de "El Caballero de Sangamon". Esta fiesta, una exhibición impulsiva de la generosidad inquieta de Lorelei, hacia la gente de teatro, había empezado a la media noche del sábado. Ahora, casi las cuatro de la tarde de una calurosa



tarde dominical de julio, la fiesta continuaba sin restricciones de ninguna especie.

La puerta se abrió y apareció la figura cargada de espaldas de Iván Stoloff saludándome con una inclinación de cabeza. Su pelo blanco caía sobre el cuello de su traje y sus ojos tristes se fijaron en mí. Sobre la cabeza blanca tenía colocada una taza de papel.

Su lengua torpe se negaba a pronunciar debidamente la palabra Penélope. Por esa razón prefería el diminutivo Penny, y haciendo una reverencia como si acabara de dirigir la abertura en la platea del Selwick. "Pase, Penny."

Entré al departamento de tres habitaciones que aparecían llenas de invitados y saturadas de colores de alcohol y de alimentos descompuestos. Reconocí a varios miembros del personal, muchachas del guardarropa, ayudantes del escenario, columnistas y algunos músicos. Uno de los hombres llevaba unos pantalones claros y una camisa de mangas cortas mojada por debajo de los brazos. De uno de sus bolsillos posteriores salía un desarmador, tenía un vaso en una mano y un resplandor en los ojos.

—Adelante, pelirroja, —me dijo. —Vamos a mostrarles a todos estos cómo se baila de verdad.

Lo hice a un lado con una mano. Ten cuidado, Edison. Se te va a quemar un fusible!

—¿Dónde se imagina que está? ¿Con el gígoló? Penetré al número 1208. Lo que había sido antes una recámara se había convertido en una cantina por medio de una larga mesa cubierta con un mantel blanco, detrás de la cual un cantinero de chaqueta almidonada atendía a los invitados. Me dijo, —señorita Penny, esta sí que es fiesta! Han estado así desde anoche. Yo fui a casa como a las siete y dormí un poco. Regresé a las tres de la tarde y toda vía los hallo en las mismas condiciones. ¿Qué quiere tomar?

—Nada, —le contesté. —Ando buscando a mi querida hermana. Volvió la cara hacia otro lado con una expresión de sorpresa al percibir la inflexión burlesca del adjetivo.

Encontré a Lorelei en el 1210. Veinte personas más llenaban el cuarto; de pie, sentados, tratando de bailar, tratando de cantar; todos bebiendo.

Ella estaba acostada en la sobrecama azul del lecho, con la cabeza apoyada en un cojín que se

veía manchado de lápiz labial. Tenía un vaso con licor en una mano y un cigarrillo en la otra. Llevaba una blusa muy ajustada y la falda color gris acero dibujaba el contorno de sus largas y hermosas piernas. Sobre la cama yacía una sombrilla azul. Desde nuestro regreso de Londres cuatro semanas atrás, aquella sombrilla se había convertido para ella en una especie de amuleto de buena suerte.

Los ojos azules de Lorelei estaban mirando el rostro del hombre que estaba sentado en la cama junto a ella. Era un tipo moreno, con cabello negro ensortijado, largas patillas y piel color de aceituna. Llevaba unos pantalones de gabardina y una camisa abierta por el cuello. Tenía un vaso en la mano derecha y de perfil hacia Lorelei para el beneficio de mi hermana.

Lo había conocido en Londres. Brinks Underwood era algo así como un mago que actuaba en los salones de baile. A petición mía, Lorelei le dió una pequeña parte en nuestra comedia y caí víctima de su encanto; hasta que Lorelei y su intensa atracción sexual lo abrumaron.

Lorelei levantó la cabeza y dijo, —Penélope (al usar mi nombre en esa forma me di cuenta de que se había llenado de ira). Tienes que vestirte como yo en el teatro porque eres mi doble. Pero no en mi recámara. Ya te lo advertí. ¿Por qué te pusiste esa ropa?

Me di cuenta en ese momento de que estábamos vestidas de igual modo. Desde luego que su pelo era completamente rubio y el mío era rojo. De otro modo rudiéramos haber pasado por gemelas, si sus treinta y un años y mis veinticinco hubiesen podido reconciliarse.

Ambas habíamos nacido en Springfield, Illinois, pero nunca habíamos constituido una familia en el sentido ordinario. Mamá y papá habían estado dirigiendo entonces lo que se conocía como "casa de cuidados". Ganaban bastante dinero y lo gastaban también. Tomábamos lecciones de canto. Lorelei también estudiaba piano y yo el violín y ambas asistíamos a la escuela de baile.

Lorelei fué enviada al Colegio Illinois de Jacksonville. No terminó sus estudios. Pero yo recordaba la vez que había aparecido en una fiesta alemana durante el primer año de sus estudios. Iba vestida con su primer traje de fiesta, de corte muy bajo tanto por delante como por detrás. Recitó un poema alemán que muy pocos de sus oyentes entendieron. Me pregunté entonces por qué se había matriculado en la clase de alemán. Logré saberlo al darme cuenta de que estaba enamorada del profesor alemán, Michael Drennan y de que éste estaba enamorado de ella. Era 10 años mayor que Lorelei y sentía una profunda atracción por el teatro. Ella quería irse a Nueva York y pensaba utilizar a Drennan para lograrlo. Aunque tuviese que enamorarse de él y recitar poemas alemanes en público.

Un mes más tarde huyó y se casó con el soñador y visionario Drennan. Se fueron a Nueva York pero él regresó seis meses más tarde. Sólo. Michael no mencionó a Lorelei. Reanudó sus clases de alemán en Jacksonville. Se convirtió en un bebedor solitario. Una madrugada lo hallaron entre los hierros retorcidos de su viejo automóvil. Los amigos suyos dijeron abiertamente que había sido suicidio, debido al profundo dolor que le había causado el ol-

# VIDA

Apenas hoy comienzas.  
Presumía, de esto hace muchas horas,  
por las orillas de la mar entonces,  
detenido ante el árbol, o en los labios  
de aquella novia atn amada siempre,  
haberte descifrado norma pura.

Suma de claridades,  
aún recuerdo cómo te abriste limpia  
a mis sentidos, cordial como una diosa.  
Fresca y ágil,  
rozabas suavemente como el agua

Tu signo era la paz.  
Tu peso leve, la más querida carga  
de mis hombros,  
Resbalada en un aire de ternura  
llegabas hecha sol hasta mis brazos.

Después, bien lo comprendo,  
tu latido dejó de ser el gozo inacabable,

la primavera henchida e infinita,  
la iluminada flor a mis alcances.

Revelaste una niebla mitad llanto,  
un desmayado musgo, una corona  
de esqueletos pequeños sin respuesta.  
Tu esfinge de ceniza levantada,  
no permitió más astros ni horizontes  
y ahogó en silencio las antiguas dádivas.

Pero besé tu forma diferente,  
tu estilo de sollozo desbordado.  
No puede nadie renunciarte nunca,  
oh diosa inevitable de mi canto.

Presumía, de esto hace muchas lunas,  
haberte descifrado...  
y apenas hoy comienzas honda y pura.

Alfonso Ulloa Zamora

vido de Lorelei. Ella no asistió al funeral.

Dos meses más tarde Lorelei se casó con un agente de Hollywood llamado Cavendish. Vimos su retrato en el periódico y supimos que su nombre de cine era el de Lorelei. Sin apellido. Lorelei nada más. Yo sabía de dónde había obtenido aquel nombre. Era el título del poema alemán que había recitado. El poema que hablaba de una sirena que atraía a los marineros para causarles la muerte.

Poco después de eso la "casa de cuidados" de mis padres fué destruida por un incendio. Murieron dieciocho internados y también mis padres. Tampoco en esa ocasión vino Lorelei. Se había divorciado de Cavendish en Reno y en esos momentos viajaba por Europa con un conjunto musical. Se enamoró de un diplomático en los Balcanes, se casó con él en Niza y lo abandonó en Viena. Luego regresó a California a filmar otra película.

Al año se casó con un ingeniero consultante llamado Hathway que tenía sesenta y cinco años de edad, estaba enfermo del corazón y poseía una gran fortuna. Se murió durante la luna de miel.

Los abogados de la familia me sostuvieron en el Colegio de Illinois con el dinero que mis padres habían dejado. Inesperadamente, Lorelei se presentó en casa para asistir a mi graduación. Después me llevó a California con ella.

Durante tres años fui su segundo, su doble, su secretaria y algo así como la hermana patita fea de una de las personalidades más pintorescas de América.

Todo eso pasaba por mi mente y allí estaba delante de ella, definitivamente efectuando aquella separación que había estado deseando por muchos meses.

—Sólo vine a decirte adiós, Lorelei.

—Adiós, —me dijo riéndose. —Te estoy diciendo adiós con la mano.

—Cuida que no se te vaya a secar, —le dije.

Se incorporó en la cama y arrojó con furia el vaso que tenía en la mano, destrozando el espejo del tocador. Todos se rieron. Todos menos yo.

Lorelei se sentó en la cama, subiéndole las piernas y mostrando una generosa porción de ellas. Antes de que te vayas niña tonta, será mejor que te lo diga. Tengo un contrato de cuatro meses en Londres. Hasta entonces, he alquilado un departamento en Lake

Shore Drive. Podemos vivir todos juntos allí.

Lorelei había alquilado el lugar por dos años. Observé apaciblemente: —No tienes ningún sentido del valor del dinero. ¿Cómo vas a costear una casa de hospedaje para todos los que deseen aprovecharse de tu dinero?

Ella hizo un gesto de burla. —¿Qué es el dinero? En esta misma semana tendré diez mil dólares en efectivo. Piénsalo. ¿Adónde puedes ir, niña?

—Ya reservé mi lugar en el tren; parto hacia Springfield dentro de unos cuantos minutos. Tengo una parte allí.

—¿Qué clase de parte, Penny?

—La parte estelar femenina en el Caballero de Sangamon. El grupo de aficionados de Springfield va a presentarlo en el estadio de New Salem State Park. Es una oportunidad para comenzar a tra bajar sola.

—¿Springfield? Allí fué donde me casé con Michael. ¿Qué lugar? Suspiró. —Pero uno de estos días voy a regresar. Deseo ver cómo se encoge un hombre que vive por allí: Gregorio Patterson.

—Lorelei, —le dije, —no puede hacer nada con esas cartas tontas que le escribió a Cissy Medinah!

Soltó la risa. Los legisladores de camisa almidonada no deben andar escribiendo cosas así. Lo haré que se retuerza... Me gusta ver cómo se retuercen los personajes grandes! Hizo una pausa. Antes de irte, podrías desearnos buena suerte. Brinks y yo nos vamos a casar tan pronto como podamos encontrar un juez de lo civil. Fué amor a primera vista. ¿Cómo te suena lo de señora Brinks Underwood, niña? Sus ojos miraron alternativamente al hombre que estaba sentado a su lado y a mí. Brinks y yo hemos pensado que nos gustaría mucho que estuvieras presente a nuestra boda...

Esperé unos momentos antes de contestarle. —Oh, mándenme una fotografía de su casamiento. Me agradaría tener una de Brinks con un número en su pecho.

—¿Qué quieres decir?

—Será conocido por los periódicos como el Lorelei No. 5, no? Con lo anterior dirigié una sonrisa a mi hermana y salí de la recámara. Por la primera vez en tres años yo había usado la última aguja. Bajé en el elevador y

ya en el salón, escuché a una muchacha que gritaba: —¡Lorelei llamando a la señorita Penélope Ames! ¡Llamada para la señorita Ames!

Pasé de frente junto al muchacho.

Me acomodé tranquilamente en mi asiento al momento en que el "Abraham Lincoln" salía de Chicago a las 4:50 de la tarde en punto. Entró el portero y me anunció: —Sus maletas están en el vestíbulo, señora, ¿Se baja en Springfield?

—Sí. — De súbito recordé algo. —¿Quiere traerme mi petaquita de escritura? Es un estuche de piel roja con empuñadura plateada.

Regresó a los pocos momentos y colocó la petaquita a mis pies, sobre la alfombra. Me la puse sobre las piernas y la abrí. Dentro aparecía un atado de cartas con sobre de lino de color azul. El domicilio parecía haber sido escrito por una fuerte mano masculina y correspondía al de la señorita Cissy Medinah, alojada en los departamentos Sherwick, de Chicago. El matasello era el de Springfield y como domicilio de devolución aparecía el de Gregorio Patterson.

Mis conocimientos acerca de Patterson no eran muy extensos excepto que era miembro de la legislatura del estado, pero sí recordaba muy bien a Cissy en su calidad de hembra excéntrica que solía cantar letrillas pornográficas junto a un piano de juguete en un lugar de la calle Clark Norte.

El entusiasmo de Patterson probablemente se había enfriado y la Medinah le había dado las cartas a Lorelei, quizá con la sola intención de comparar anotaciones sobre el animal conocido como hombre.

Lorelei me había dado las cartas para que las leyera como una muestra de lo que "los hombres suficientemente idiotas son capaces de escribir a una mujercilla con caja registradora en vez de corazón". Me causaron la impresión de ser una bobada poco recomendable tratándose de un legislador. No había ninguna razón para que yo estuviera en posesión de esas cartas, salvo la de que en calidad de secretaria de mi hermana a menudo ponía en mi estuche de escritura alguna correspondencia y otras cosas.

Bastante preocupada recordé su amenaza de hacer que Patterson se aviniera a sus pretensiones. Luego recordé que había dicha que en esa semana tendría en su

poder diez mil dólares. Bueno, Lorelei era mi hermana y yo ya me estaba zafando de sus dedos, pero me decidí a impedir lo que pensaba hacerle a Patterson! Tenía las cartas y las conservaría. Ninguna hermana mía iba a chantajear a nadie si yo podía impedirlo.

Tomé una hoja de papel y una pluma de mi estuche y puse éste en el suelo junto a mi asiento. Ac to seguido me levanté y me fué al coche salón, sentándome junto a la ventana en un asiento doble y con una mesa frente a mí. Acudió un mesero y sirvió una bebida. Dijo: —El Manhattan, señora, con los respetos del hombre que está parado junto a la cantina.

En efecto, frente a la cantina, estaba un hombre inclinado, trajeado con unos pantalones claros y un saco de deporte a cuadros. Su cara estaba sombreada por una naciente barba rojiza y el cuello de su camisa de deporte también, se veía arrugado por debajo de las solapas del saco. Parecía tener unos treinta y dos o treinta y tres años y tenía la apariencia de boxeador retirado. Trató de sonreír cuando mis ojos se fijaron en él, pero yo me volví al mesero y le indiqué el vaso, —Devuélvalo, por favor.

El mesero obedeció con manifiesta repugnancia y regresó a la cantina.

Casi al momento el hombre aquel se dirigió hacia mí. Tenía una manera curiosa de caminar, como si lo hiciera sobre las puntas de los pies y con el cuerpo algo inclinado hacia adelante. Se detuvo frente a mi mesa y recibí la mayor sorpresa de mi vida.

## CAPITULO II

Su voz era tan aguda como la de una mujer.

Sólo hasta que se me pasó la sorpresa me di cuenta del significado de las palabras que había dicho. No se haga la desconocida, Lorelei. Tengo poder para establecer un convenio con usted, niña. Deme las cartas y le doy una grande. Llegaremos hasta allí, pero no más de eso.

Dije secamente: —No sé de qué está hablando. No me llamo Lorelei. Ese es el nombre de mi hermana.

Su sonrisa velada resultaba venenosa. —Escuche, niña: —La vine siguiendo desde La Salle en un coche. Conocería la ropa que lleva puesta en cualquier lugar. Y no intente hacerme tragar el cuento ese de la hermana. Una vez más le haré la oferta. Mil dólares. O muchas dificultades. Sabemos lo que estamos haciendo, nena.

—No soy Lorelei. Ella ES mi hermana. A menudo nos vestimos de modo igual. Soy su doble, su sustituta.

Sus labios se fruncieron y lo que dijo pareció ser un silbido. —Esta es su última oportunidad, nena. Un grande... o dificultades. Su boca es la medida.

En ese momento se abrió la puerta delantera del coche y entró un hombrecillo delgado de cara demoníaca, vestido con un traje de gabardina café. Echó una mirada al hombre del saco a cuadros, cuya espalda estaba vuelta hacia él. Sus ojos negros tenían en las comisuras exteriores unas notables patas de gallo. Calculé que tendría unos cuarenta años. La expresión satánica de sus ojos la atribuí a sus orejas increíblemente pequeñas.

El hombre del saco a cuadros echó una rápida mirada hacia atrás y se dió cuenta de la presen-

cia del recién llegado. Vi como una expresión de sorpresa y de temor en su rostro. Inclino la cabeza y se dirigió hacia la otra puerta, desapareciendo por ella.

El hombre de las orejas agudas se me quedó mirando. Sus ojos encontraron los míos y lo vi hacer un movimiento afirmativo, sin sonreír. Acercó una silla y se sentó junto a mí. No me gusta viajar de espalda hacia la máquina, dijo, —¿me permite?

No sonrei. Primero era el hombre del saco de cuadros y ahora el personaje éste que más bien parecía pertenecer a un melodrama. Ninguno de los dos era mi tipo.

Con voz frígida, dije: —¿Le causa usted esa impresión a todo mundo?

—¿A todo mundo? ¿Esa impresión?—repetió, frunciendo el ceño.

—El hombre del saco a cuadros que estaba hablando conmigo. Tan pronto lo vió a usted pareció asustarse y tomó las de villadiego y con qué rapidez!

El mesero se acercó con un whisky y un poco de agua y los dejó sobre la mesa. El hombre de las orejas agudas echó mano a su bolsillo, pero el mesero lo detuvo con estas palabras: —Galantería del hombre que está en la cantina, señor.

—¿Qué hombre?

El mesero volvió la cabeza hacia la cantina. —Caray, qué pronto se evaporó. —Regresó a su lugar moviendo la cabeza.

Una sospecha repentina surgió en mi cerebro: —Si usted es detective, su cara debe haberle parecido una insignia al hombre del saco cuadriculado.

—No pertenezco a esa clase,— me dijo. —Podría llamarme ingeniero o seguridad. Me llamo Bruce Jamison, Lorelei. Sus ojos parecían reír al pronunciar el nombre, como si me estuviera jugando una broma, descubriendo a una famosa estrella de cine y teatro que quería permanecer de incógnito. —¿Qué fachas tenía ese hombre? ¿Por qué la estaría siguiendo?

—Parece boxeador, —le dije. —Y creo que me está siguiendo por la misma razón que lo hace usted. El, también cree que yo soy Lorelei. No lo soy.

—No bromea. Fuí a ver al Caballero de Sangamon la otra noche. Me pareció usted magnífica. Siempre me han gustado sus películas, también. Las comisuras de sus labios se fruncieron con cierta perversidad al preguntar: ¿Conoce al señor Juan Tracy?

—No solamente no lo conozco sino que nunca he oído su nombre. Es un ingeniero de seguridad, también?

—Juan Tracy es un recién llegado a Springfield, hacia donde usted se dirige. Algo así como un genio musical, de Memphis, Tennessee. Pasó como cuatro semanas en un hospital de allí. Se rompió un brazo cuando se vino al suelo el proscenio de un pequeño teatro. Me han dicho que puede tocar casi todos los instrumentos que ha inventado el hombre.

—Una cosa curiosa acerca de él, —continuó Jamison,— es que en estatura, peso y con buena barba sería el doble perfecto del gran Lincoln. Se ha unido a los actores de Springfield y va a desempeñar el papel principal en El Caballero de Sangamon.

—Será interesante,— opiné,— oír a Lincoln hablar con acento perfecto. Me puse de pie, sin sonreír: —No soy Lorelei, soy su hermana, Penélope. Ahora, si me disculpa, regresaré a mi propio coche.

Regresé a mi asiento y al mo-

mento se despertaron en mí ciertas sospechas. Cuando había salido para ir al coche salón, recordaba claramente que había puesto el estuche de escritura en el suelo. Ahora que regresaba estaba sobre el asiento. ¿Lo habría movido el portero?

Cogí el estuche y lo coloqué en mis rodillas para abrirlo. Las estampillas y todo el papel de escribir estaban en desorden, como si alguien hubiese andado buscando entre ellos. El paquete de cartas dirigidas a Cissy estaba todavía allí, pero... tenía la seguridad de que mi intempestivo regreso había interrumpido el registro del estuche.

¿Quién podría desear saber el contenido de mis pertenencias? ¿El hombre del saco cuadriculado? El había salido del coche salón en el momento en que había entrado Jamison. ¿Había sido la misión del último tenerme ocupada mientras el otro se dedicaba a registrar el estuche?

El tren entró en Springfield a las 7:55. Descendí en un andén situado entre las vías. Había cierta confusión en el momento en que los pasajeros seleccionaban su equipaje del montón.

El sol, todavía alto sobre la cúpula del Capitolio del estado, era una mancha de color naranja que parecía concentrar su calor sobre cada uno de nosotros. Se me acercó un joven y preguntó, tentativamente: —¿La señorita Lorelei? Sus ojos azules estaban fijados en mi cabello y eso le hacía a-brigar dudas.

—Soy Penélope Ames, Penny en forma más corta, —contesté. —Creo que yo soy la que anda buscando. Usted debe pertenecer al comité de recepción de los Artistas de Springfield.

Sonrió. —Me temo que ha habido una equivocación. Yo sé que usted estaba escogida para desempeñar el papel femenino principal de El Caballero de Sangamon, pero me notificaron que la misma Lorelei había solicitado esa parte casi en el último momento y que como su nombre tiene un valor publicitario tan grande y q' como usted, señorita Penélope no tenía contrato todavía, decidieron aceptar su oferta. Lo siento.

Me di cuenta ahora de que este incidente era la razón por la que Lorelei me había estado llamando por teléfono en Chicago.

Podían haberme notificado exclamé con ira.

—Lo hice, —contestó. Envié un telegrama a Lorelei a las cuatro, pidiéndole que le avisara y que nos dijera cuándo vendría por acá. Me contestó, que llegaría en este tren y que estaría vestida de color gris nube...

—Exactamente como yo visto a hora. Lorelei es mi hermana. No está en este tren. La última vez que la ví estaba tratando de hallar un juez de lo civil para que la casara. Mucho me temo que no venga por aquí, en dos o tres días. Me sentía cansada y disgustada. Después de todo, los ensayos comienzan el miércoles.

En ese momento me dijo: —Me llamo Terry Drennan.

Procuré hablar suavemente, —No de la familia Drennan a la que Michael...

—No. El era primo de mi padre. Lorelei lo abandonó y se consiguió un divorcio en Reno. Mi padre dice que por eso Michael empezó a beber. Todas las veces que se hace alguna publicidad, arrastra los nombres de sus ex-maridos por las primeras páginas de los periódicos. Naturalmente, se le vuelve a dar una sacudida al nombre de Michael. Eso no resulta muy bueno para los parientes, especialmente para mi padre, que es presidente de un banco.

Pregunté: —¿Trabaja usted en el banco?

—No, —me contestó. No trabajo con papá estoy tratando de ser arquitecto. Fué por eso por lo que me mezclé con los Artistas de Springfield. No soy actor. Crean que puedo ayudarles con la decoración.

Me sonrió y vi como se arrugaba su nariz respingada, cosa que me hizo experimentar una sensación agradable. Véngase, —dijo,— la llevaré al hotel. Si no viene Lorelei hoy, la pondremos en su departamento.

Después de llevarme al hotel Abraham Lincoln y acomodarme en el departamento, Drennan insistió en llevarme a comer y a bailar. Fuimos a un lugar llamado Lake Club. Sin embargo, los días anteriores habían sido muy pesados y yo me sentía terriblemente cansada. A las once le pedí que me regresara al hotel. Cuando llegamos a mi departamento, la puerta estaba abierta.

Terry y yo nos vimos envueltos al entrar por lo que parecía ser una repetición de la fiesta del ho-

Ofrecemos esta Semana

los siguientes

LIBROS de INTERES

a precios especiales



El Arte de Tejer, 16 Edición .....	¢ 9.
El Libro de Doña Petrona, 45 Edición .....	¢ 13.
El Gran Libro de Cocina .....	¢ 22.
Elaboración de Helados Mantecados y Refrescos .	¢ 6.75
La Cocina (El libro para quien necesita organizar una cocina .....	¢ 6.75

Más se conquista con los libros que con las armas.—  
PETRARCA

LIBRERIA LOPEZ

Teléfono 3345 — Frente Hotel Costa Rica

tel La Salle, sólo unas cuantas horas atrás en Chicago.

Encontré a Lorelei en la recámara, posando para un fotógrafo. La sombrilla azul y su nuevo esposo, Brinks Underwood, estaban por allí cerca.

Cuando Lorelei me vió pareció salir disparada de la cama, cruzó el cuarto con su modo sexual de caminar y me abrazó, exclamando: —¡Querida!— Luego agregó con entonación dolorida como si hubiese sufrido mucho y por largo tiempo, —Te perdono, niña, por haber tomado mi departamento. Pero saca tus cosas de aquí. Después de todo, tres en una luna de miel serían demasiados.

Yo estaba parada junto al tocador, pero sentía que estaba dominando la ira. —No tomaste el tren. Naturalmente, supuse que no llegarías hoy mismo.

De nuevo se dió maña para crear la impresión de que yo era joven y sin experiencia. —¿Nunca te han dicho que existen aeroplanos, niña? Volamos.

—Recogí un estuche de polvos del tocador. Era de oro y fabricado en forma de una rueda de barco. Un productor de Hollywood había obsequiado a todo el personal estuches iguales después de haber terminado la película, "Oh Na vegante", la misma que había sido la última de Lorelei. Este era el mío, lo sabía, porque tenía mis iniciales grabadas en la tapa. Lorelei siempre se apropiaba de cualquier cosa que deseaba, aunque tu viese una igual; era demasiado trabajo para ella buscar la de su propiedad.

Abrí mi bolso color de esmeralda y dejé caer en él mi estuche. Lorelei me vió hacer aquello y me sorprendí de que no se lanzara sobre mí. Niña, dijo plañideramente, —ese polvo negro que tiene dentro sería como dinamita para ti

### CAPITULO III

Me volví a Terry y le pedí: ¿Quieres ayudarme con las maletas? Me iré a otro hotel. Y fué un encargo en aquella atmósfera caldeada. Podía darme cuenta de que no había sido víctima del hechizo de Lorelei. Contestó en voz alta, de modo que lo oyeran todos: —¡Tonterías! La voy a llevar a mi casa. ¡Papá se sentirá orgulloso en hospedarla!—

Cuando salimos del hotel era ya

casi medianoche. Pero el tipo horrible del saco cuadrulado estaba sentado en el salón en un lugar desde donde podía ver a todos los que usaban los ascensores. En esos momentos estaba leyendo un periódico con que se cubrió la cara cuando nos vió a Terry y a mí. En el momento en que Terry hacía dar vuelta a su coche en la cercana curva, el hombre salía corriendo del hotel, haciendo señales frenéticas para conseguir un coche.

El coche nos siguió hasta la casa de los Drennan, nos pasó y dió vuelta en la esquina siguiente. No quise confesar a Terry los temores que me sobrecogían pues, prácticamente apenas lo acababa de conocer.

Cuando entramos a la casa, el papá de Terry ya se había retirado. Terry me llevó a mi cuarto que se veía exquisito con sus colores crema y orquídea. Abrió las puertas, los armarios, todo, para darse cuenta de que todo se hallaba debidamente ordenado.

Mis sueños sobresaltados de esa noche estuvieron poblados por tipos de aspecto repugnante con sacos a cuadros... Finalmente se convirtieron en visiones más agradables; un hombre alto de pelo rubio que caía alborotado sobre su frente y nariz respingada que se arrugaba en el momento que le sonreía a uno...

Aquella mañana me desperté algo tarde. Me despertó el ama de llaves, una bondadosa mujer de cabeza blanca que había estado con los Drennan por casi diez años. Me confió que era la esposa de un minero de Peabody que tra bajaba durante el día; ella permanecía con los Drennan hasta las siete de la noche.

Conocí al padre de Terry durante la comida. Parecía pasar un poco de los cincuenta años; era una edición madura de Terry. Su cabello era gris y cuidadosamente cepillado tras las orejas. Todo él era caballerosidad, elegancia y distinción. Me simpatizó inmediatamente. Se llamaba Stanford en honor de uno de los viejos precursores y que había sido uno de los primeros habitantes de Petersburg, el pueblo que había sido explorado por Abraham Lincoln. Hablamos de muchas cosas... menos de Lorelei. Parecía ser tabú en la casa de los Drennan.

Después de la comida comencé mi presentación al condado de Lincoln. Acompañada por Terry,

visité la casa de dos pisos donde había vivido Abraham Lincoln en Springfield. Me maravillaron las viejas alfombras, los grabados de la época en el tapiz de las paredes y la tranquila dignidad de los muebles de nogal y caoba.

Visitamos la sala de jurados del Condado de Sangamon que en alguna ocasión había sido el capitolio del estado y en la cual Lincoln había pronunciado su famoso discurso de división. Entonces fuimos al Cementerio de Oak Ridge, a la tumba que ha sido visitada por más gente, quizá, que cualquier otro santuario de la nación. Regresamos al lugar del estacionamiento y volvimos a casa.

Al disminuir la velocidad Terry junto a la entrada del cementerio, nos cruzamos con un carro gris. Le echó una mirada de reojo al conductor. Parecía estar mirando hacia enfrente, pero yo hubiera reconocido aquellas facciones duras y las cejas deformadas en cualquier lugar. Era el hombre del saco cuadrulado.

Terry me arrojó una mirada inquisitiva. —¿Amigo suyo?

Yo me puse roja. —¿Por qué me pregunta tal cosa?

—No lo sé. Vi a ese hombre en el salón del hotel anoche. Parecía tener mucha prisa cuando nosotros nos subíamos al coche. Se subió en un coche de alquiler y un par de faroles nos siguieron durante todo el camino.

—No lo conozco, —dije, y luego traté de cambiar de tema. —¿Adónde vamos?

—Ahora vamos al Parque Estatal de Nuevo Salem, Penny. Realmente no se puede decir que uno ha visitado el corazón del Condado de Lincoln hasta que se ha estado en Nuevo Salem. Podíamos pasar allí un día entero.

—¿Veremos el estadio donde los Artistas de Springfield presentarán al Caballero de Sangamon? —Lo veremos todo.

Terry dirigió su coche hacia el oeste, alejándose de Springfield. Faltaba un cuarto para las dos cuando me ayudó a salir del coche. Atravesamos por entre la multitud con rumbo a la Villa de Nuevo Salem. Luego Terry me llevó a varias cabañas y lugares históricos. De súbito, un tipo alto y de aspecto distinguido se apartó de un grupo de visitantes y se dirigió a nosotros. Saludó a Terry y cogió un extremo del sombrero. Su rostro era del mismo color gris que su cabello y sus ojos negros tenían una hermosa expresión.

—Le ruego que me perdone, señorita Lorelei, —dijo, —por la interrupción, pero las circunstancias lo exigen. No estoy en condiciones económicas para satisfacer sus exigencias. Estoy preparado para tomar medidas que me protejan a mí y a mi familia. Buen día.

Se alejaba de nosotros cuando me recobré de la sorpresa y pude decir: —Lo siento, señor, pero usted está acusando por error...

—Error o no, lo que usted tras entre manos es un hecho criminal. Se lo advierto. Tomará las medidas necesarias.

Terry intervino. —Espere un momento, juez. Esta es la señorita Penélope Ames. Es hermana de Lorelei.

El juez se nos quedó mirando con la boca abierta. —Usted también puede verse envuelto en dificultades. Luego se volvió y se unió a sus amigos.

—¿Quién es? —pregunté, pero ya sabía lo que me contestaría antes de abrir los labios.

—¡Es Gregorio Patterson. Pertenece al Consejo General; era

juez de la ciudad antes de ser electo para la legislatura. Se me quedó mirando con fijeza. —¿De qué demontres estaba hablando?

—No sé, —pero si lo sabía. Lorelei ya le estaba apretando los tornillos, con toda seguridad.

Caminamos por toda la parte superior del cerro, examinando las famosas reliquias de Lincoln que ya habían sido reconstruidas. Cuando si eran las cuatro cuando subimos al cerro, cruzamos la villa y nos detuvimos a tomar un refresco.

Terry señaló un enorme hemisferio natural que se extendía sobre un anfiteatro cubierto de pasto. Este es el nuevo estadio de Nuevo Salem donde se representará nuestra versión del Caballero de Sangamon.

Una figura alta, esbelta y algo inclinada subía en esos momentos por los costados pastosos del hemisferio. Vió a Terry y sonrió. No le vaba sombrero y vestía un traje negro de alpaca que apenas si ganaba en brillo a su rebelde cabellera negra. Me sonrió y con acento curioso, dijo: —Tengo mucho gusto en conocerla, señorita Penélope. De conocerla de nuevo, diría. La vi en el departamento de su hermana en el hotel, ayer. Usted no me vió. Estaba improvisando un poco en el piano esa vez.

Ahora me daba cuenta de quién era aquel hombre alto y desgarrado. Aun sin la barba en su rostro angular, sus ojos profundos y amplio perfil hubiesen proporcionado un modelo perfecto para las monedas de a centavo con la efigie de Lincoln.

—Usted es el señor Juan Tracy. Me hace muy feliz. Es usted la primera persona que no me confunde con mi hermana Lorelei.

El declaró: —He estado observando el estadio, aspirando su atmósfera. Espero que decida aceptar alguna parte con nuestro grupo. Será un placer trabajar con usted. Buen día. Y se fué.

Terry y yo comimos por allí y luego regresamos a Springfield. No parecía tener ninguna nota romántica en su corazón, por lo menos a lo que a mí se refería.

Esa noche Terry y su padre tenían que asistir a una reunión de un club de servicios en el centro de la población. Terry quería cancelar el compromiso pero yo insistí en que fuera y le pedí que me dejara en el hotel. Quería ver a Lorelei y pedirle que dejara a un lado sus planes de chantajear a Patterson!

Eran las 7:55 cuando entré al salón del "Abe" y pregunté en el escritorio por Lorelei. El empleado me sugirió que usara el teléfono interior.

No obtuve respuesta. Así que regresé al escritorio y hablé con la muchacha del tablero de controles. Le dije quién era y le pregunté si Lorelei había recibido algunas llamadas del exterior. Consultó un librito de notas y dijo: —Recibió una llamada de alguien de un periódico acerca de retratos para la publicidad que quería preparar esta misma noche. La señorita Lorelei no está, así que anoté el mensaje.

Me puse más y más intranquila. ¿Hizo Lorelei algunas llamadas?

Volvió a consultar su libro de nota: Una. —Pero no sé a quién.

Me dirigí a la entrada norte del hotel y hablé con el portero. Cuando mencioné a Lorelei sonrió y dijo: —Sí, me preguntó que dónde estaba algún lugar para alquilar coches hace como media hora. Le dije donde está uno, dando vuelta a la esquina.

—¿La acompañaba su esposo?



—No, estaba sola. Pero un tipo moreno llegó un poco más tarde y me preguntó por ella, llamando un coche de alquiler y subiéndolo a él.

Una idea daba vueltas en mi cabeza casi con una insistencia física. Los periódicos de aquella mañana habían traído la reseña de algunas entrevistas cortas con Lorelei. Si el hombre del saco a cuadros las había leído, probablemente había tropezado con el hecho de cuando había seguido a Terry y a mí la noche anterior, en realidad no había seguido a Lorelei. Tenía que suponer que se había comunicado con Lorelei y con certeza una cita con ella.

Caminé por la calle hasta que me encontré con un letrero que decía, "Maneje usted mismo", y entré a la oficina. Dije al empleado: —Estoy tratando de encontrar a mi hermana. Se llama Lorelei. El portero del hotel me...

El joven sonrió. —¿Tenía una sombrilla azul?

—Esa era Lorelei. ¿Hacia dónde se dirigió?

Se encogió de hombros. —Alquiló un coche. Me preguntó cómo podía llegar a Nuevo Salem.

—Deseo alquilar un coche también, —dije.

Eran como las 8:45 cuando llegué al lugar de estacionamiento que estaba sobre el cerro junto al estadio. Un sedán solitario estaba estacionado en el último espacio. No podía saber si era el que traía Lorelei, o el hombre del saco a cuadros o a algún policía del parque.

La luna brillaba con todo su esplendor en el espacio. Caminé por el camino de grava a fin de llegar al pavimento que conducía a la villa. Tenía miedo al verme completamente sola en un cerro desierto. Me aparté de la vereda con rumbo al edificio de madera. Y entonces quedé como petrificada por el terror.

Acababa de oír un disparo, seguido de un agudo grito de mujer.

Cuando me volví hacia la izquierda vi una figura gris cerca de la cabaña Miller-Kelso, al otro lado del camino asfaltado. Podía ver la silueta de una figura que me era muy conocida. Parecía estarse bamboleando.

Corrí hacia ese rumbo, gritando, —Lorelei! Lorelei!

Allí estaba de pie, con la luz de la luna dándole de lleno en la cara.

Su ojos me vieron y su boca se abrió. Fué entonces cuando vi la mancha oscura que se iba extendiendo sobre su pecho. Dió un paso vacilante hacia mí. Entonces cayó al suelo. Corrí hacia ella y me arrodillé a su lado. Ya no se movía. Ya no respiraba. ¡Lorelei estaba muerta!

#### CAPITULO IV

Me sentía totalmente atontada, pero el miedo me hizo reaccionar. Me puse de pie y eché a correr. Un hombre salió de detrás de una cabaña. Le lancé mi bolso de mano a la cara. Terry Drennan me cogió de un brazo. Su aliento parecía sibilante. —¿Qué pasó?

—Lorelei! La han asesinado!

No pudo retenerme. Me zafé de su mano y corrí enloquecida hacia mi coche, saltando tras el volante. Noté entonces que había un coche estacionado a cada lado del mío. Repentinamente la realidad hizo presa de mí; me incliné sobre el volante y solté el llanto desconsoladamente.

Lorelei estaba muerta. Había sido inquieta, perversa... pero

era mi hermana. Ahora había desaparecido y yo quedaba sola. Lorelei había luchado por tenerme a su lado; no había querido perderme, pero su naturaleza perversa era una cosa compleja... Pensando en estas cosas sólo lo graba aumentar mi desesperación.

En ese momento escuché la voz de Terry a mi lado, —Papá y yo salimos temprano de la reunión y la vimos en el momento en que salía del garaje. Lo dejé al pie del cerro. No queríamos que anduviera por aquí sola en la noche. Tuve la sospecha de que había venido aquí para tener una cita con el hombre del saco cuadrado.

Una voz vibrante dijo, —Me vine caminando por el cerro. Oí un disparo. ¿Qué sucedió? —Era la de Stanford Drennan, el padre de Terry, de pie junto a su hijo.

—¡Lorelei ha sido asesinada! — exclamé llorando.

Podía ver al Drennan mayor calculando el daño que este acontecimiento podía causar a su buen nombre. Pero me vi obligada a admirarlo. En ese momento decía: —No podemos huir de una cosa como esta. Tendremos que notificar a la policía.

Escuche unas pisadas rápidas y prendí los faroles del coche. Un nombre de uniforme azul y gorra con una insignia estaba de pie a poca distancia, jadeando fatigosamente. Era un hombre ya de edad, de cabeza cana. Tenía un reloj redondo a la cintura y empuñaba una pistola.

—Apague esas luces y bájese del coche. ¡Póngase en fila! ¡Todos!

Obedecía. El guardián del parque se acercó cuidadosamente a nosotros. Registró por fuera los bolsillos de Terry y luego hizo lo mismo con los del señor Drennan. Luego añadió: —Déjeme ver su bolso señora.

Le di mi bolso. Lo abrió con una mano nudosa y sacó el estuche de forma de timón. Leyó las iniciales que tenía la tapa. P. A. ¿Qué quieren decir?

Se lo dije y le di los nombres de los dos hombres.

El oficial me dirigió una mirada penetrante. ¿Quién es la ruerta que se halla cerca de la cabaña Miller-Kelso?

—Mi hermana Lorelei, —y de nuevo solté el llanto sin poderme controlar. Terry me rodeó los hombros con un brazo a tiempo que oía decir al policía:

—¿No la mujer de cine que iba a desempeñar el papel femenino principal de la comedia del Lincoln?

—Sí.

—Gruñó y nos ordenó: —Empiecen a caminar. Iremos al edificio del Museo. De allí puedo llamar al Comisario.

Tenía la sensación de que iba caminando pero no sentía si mis pies tocaban el suelo o no. Apenas si me daba cuenta de lo que estaba sucediendo. Pero sí recuerdo haberme sentado con Terry y su papá en una de las bancas del museo, mientras que el guardián del parque usaba el teléfono.

El primero en llegar fué un hombre alto, de pelo cano y bigote del mismo color, cubierta la cabeza con un gran sombrero que casi se le sumía hasta las orejas. Era Olson, comisario del condado de Monard. Poco después llegaron dos carros llenos de policías del estado de Illinois, seguidos del comisario del condado de Sangamon y de dos detectives de Springfield.

Momentos más tarde llegó Brinks Underwood, con los ojos enrojecidos y las ropas descompuestas. No mostraba mucho dolor, pero la expresión de sus ojos

era de inmensa tristeza, y parecía moverse automáticamente.

Finalmente entré al museo el investigador oficial. Inmediatamente salió hacia el teatro del crimen. Mientras estuvo ausente, el comisario Olson nos estuvo interrogando uno por uno. Consagró toda una media hora a interrogarme, a mí, haciéndome preguntas que se referían a todas mis acciones desde que había salido del departamento de Lorelei en Chicago hasta el momento en que el guardián del parque nos había aprehendido. Mencione a Bruce Jamison y al hombre del saco de cuadros y las cartas de Gregorio Patterson, pero pude ver que el comisario del pequeño pueblo no se sentía muy impresionado.

Poco después regresó el investigador. Traía en la mano una sombrilla de seda azul que yo sabía había pertenecido a Lorelei. Se lo dió al comisario Olson.

—Uno de los muchachos halló eso detrás de la cabaña. También esto, pero no le encuentro ningún sentido. Entregó un cilindro de algodón absorbente al comisario. Estaba tirado en el pasto, no muy lejos de la sombrilla.

El comisario se quitó el sombrero y se rascó la enmarañada cabellera. El investigador informó, nos vamos a llevar el cuerpo a Petersburg ahora. La pesquisa judicial será mañana a las dos de la tarde. Hasta luego.

El comisario colocó la sombrilla y el cilindro de algodón sobre el cristal de una de las cajas del museo. Luego dijo: —Me voy a llevar a Petersburg. No será demasiado molesto.

—Quiere decir que me lleva presa por...

—Digamos que para interrogarla, señora. Se acumulan un montón de cosas.

Usted tenía muchas razones para odiarla, aunque sea su hermana. Su esposo nos ha dicho que ella le robó todos los novios que ha tenido usted durante los últimos tres años, incluyéndolo a él. Le quitó la oportunidad de aparecer como estrella en El Caballero de Sangamon por pura maledvolencia. De muchos modos la ha venido molestando y esto solamente desde el domingo pasado. Tenemos derecho a retenerla mientras logramos poner en claro todo eso.

Repentinamente me acordé que Lorelei había tenido en la man

429  
212  
en Chicago la sombrilla azul. La había tenido consigo en el hotel la noche anterior. Y esta noche, a la luz de la luna, había llevado la misma sombrilla azul. ¿Por qué? Tenía que ser algo más que un simple amuleto.

Me puse de pie y levanté la sombrilla del lugar donde estaba sobre la caja del museo. Su empuñadura era de plástico oscuro. So lo por no dejar la hice girar. Se separó fácilmente y me quedé con ella en la mano. El eje era un cilindro hueco. Llevaba algo dentro de esta sombrilla, comisario. El algodón absorbente era para hacer presión sobre el contenido con el objeto de impedir que causara ruidos, —le hice ver.

El comisario Olson sonrió, —¿Qué, por ejemplo?

—Diamantes, quizá. Joyas de alguna especie.

—No sea tonta, —me dijo el comisario. —La mayor parte de las sombrillas son huecas. ¡Ha leído usted demasiadas novelas! Vamos, señora, puede pensar en una historia mejor si le consagra todas sus energías.

Terry estuvo discutiendo con el comisario, asegurándole que yo no tenía razones para desear huir, pero fué en vano. También su papá intercedió, sin lograr persuadir al comisario. Una mujer ha sido asesinada. Pienso que esta joven sabe más del asunto que lo que nos ha confiado.

Así que los Drennan observaron cuando el comisario me subió a su coche, el banquero dijo: —Ya veremos este asunto mañana. Me sonrió con tristeza y me estrechó la mano. Terry permaneció de pie, con una expresión de perplejidad en el rostro.

Unos cuantos minutos después llegamos a la cárcel y el comisario, personalmente, me llevó a mi celda. Me revolví durante algunas horas y horas que parecían interminables en la dura cama de la prisión. Finalmente me quedé dormida pero sin lograr ningún descanso.

A las diez de la mañana el comisario abrió la celda y entró en ella. Le traería su desayuno, pero parece que va a poder tomarlo fuera, —me dijo sonriendo. Cierta persona me ha dicho que la suelta. Y otro amigo suyo está en mi oficina. La llevará en su coche a Springfield después de la pesquisa judicial.



ILLUSTRATION BY NOWODZINSKI

Copyright 1934 King Features Syndicate, Inc., World Wide

—¿Quién puso la fianza? ¿El señor Drennan?

—No del todo. No era un caso que admitiera fianza. Pero cierta persona nos hizo ver que todavía no encontramos el arma.

—¿Quiere usted decir que alguien sencillamente les dijo que me soltaran y que esa es la única razón que tiene para hacerlo?

—Cierto. Sigo creyendo que usted sabe mucho acerca del asesinato. Pero no soy yo quien va a discutir con alguien que sabe más que yo sobre estas cosas.

Saqué mi polvera y el lápiz labial de mi bolso e hice todo lo posible por borrar las huellas del can sancio y del dolor de mi cara. Me peiné frente al espejo roto que estaba en el antepecho de la ventana, separada sólo por las barras de acero de la muralla de concreto que rodeaba el salón de jurados y conducía a la calle. Repentinamente detuve el peine a la mitad del camino al ver la figura de un hombre pasar por frente a la muralla y desaparecer de mi vista. Era Bruce Jamison. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Podía haber sido él, entre todos, el responsable de mi libertad?

No pude continuar mis especulaciones porque en ese momento entró a la celda Terry Drennan. Trataba de verse contento, pero se podía ver que estaba cansado y agotado.

—Dele las gracias a su padre, —le dije,— por su ayuda. Es bueno tener un banquero como amigo.

Terry dijo, —Papá trató de mover algunas influencias, pero no logró ningún resultado satisfactorio. No pudo sacarla, pero parece que alguien lo logró.

Muy temprano por la mañana el comisario nos llamó y nos dijo que se le iba a poner en libertad. Inmediatamente me vine hacia acá. Tendrá que estarse por aquí para la pesquisa tanto usted como yo tendremos que presentarnos ante la policía de Springfield como a las cuatro de la tarde.

—¿Por qué?

—Toda la gente envuelta en este asunto tendrá que estar allí.

Dije: —Tengo miedo, Terry, —y pensé por un momento que me iba a abrazar. Pero solamente me dijo: —No tiene absolutamente nada por qué preocuparse, Penny. Usted no mató a Lorelei.

Observé la expresión de su rostro al decirle: —He estado pensando en la sombrilla azul. ¿Por qué iba a andarla cargando Lorelei en esa noche de luna?

Sonrió. —Una sombrilla puede ser una arma defensiva bastante buena en las manos de una mujer.

—Y podría ser un receptáculo muy bueno para transportar joyas de contrabando.

—¿No le parece que eso suena un poco melodramático?

—Si ninguna otra cosa, sí. Pero agréguele algo más. Lorelei llegó de Europa hace cuatro semanas. Trajo consigo esa sombrilla. El domingo por la tarde la tenía sobre la cama en Chicago. Anoche la traje consigo. También me dijo que recibiría diez mil dólares dentro de una semana. Sospecho que se refería a las joyas que traía de Europa. Anoche trató de entregarlas y fué asesinada.

Terry fué bastante rápido en ver las implicaciones. —Tal vez no eran joyas. Quizá era alguna otra cosa. Pero hay algo que no encaja. Si Lorelei trajo esas joyas de Europa hace cuatro semanas, ¿por qué no las entregó más pronto?

Yo no tenía ninguna respuesta

para tal pregunta. Le conté a Terry lo de mi viaje en el tren viniendo de Chicago, y acerca de Bruce Jamison y del hombre del saco de cuadros y del intento que se había hecho de registrar mi estuche de escritura, bien por el uno o por el otro. Le conté también lo de las cartas escritas a Cissy Menidah por Gregorio Patterson.

Terry dijo: —Sobre eso estaba hablando Patterson ayer. La confundió con Lorelei y le dijo que estaba dispuesto a defenderse si se le intentaba chantajearlo. Sus ojos tenían un brillo de interés. Cualquiera de los dos, Jamison o el tipo del saco cuadriculado, podría ser detective. Cualquiera de los dos pudo haber sido tomado por Patterson para recuperar las cartas comprometedoras.

—Convengo en que el hombre del saco a cuadros esté trabajando para Patterson tratando de recuperar las cartas. Y pienso que Jamison no es tan perverso como parece. Sospecho que no es ingeniero, sino algo así como un agente secreto.

—¿Qué? —exclamó y preguntó a la vez Terry con expresión incrédula.

—Sí. Y creo además que él es la causa de que se me haya libertado tan misteriosamente.

—¿Quién más pudo haber dado cierta información y lograr que una sospechosa fuera puesta en libertad casi inmediatamente? Sé que Jamison estuvo aquí esta mañana. Lo ví yo misma.

—Si Jamison es agente del gobierno, ¿qué interés tiene en libertarla?

—Eso es lo que me llena de temor, —repliqué. Tal vez la ley está tratando de usarme como conejillo de Indias. ¿Crerán tal vez que el asesino de Lorelei se dispone a golpear de nuevo? ¿Y seré yo el señuelo que lo atraiga? Tal vez el asesino no obtuvo todo lo que deseaba y por eso la mató. Tal vez las joyas no estaban en la sombrilla. Tal vez piense la ley y el asesino al mismo tiempo, que Lorelei me las haya dado. Después de todo, yo era la secretaria de Lorelei.

Comimos algo en un pequeño café. Terry estaba pagando la cuenta cuando oí que se abría la puerta y una voz agradable pronunciaba mi nombre.

Me volví para ver a John Tracy, alto, lleno de dignidad y melancolía. Su cara larga y angulo-

sa reflejaba la sugestión de una sonrisa. Se me ocurrió la idea de que este hombre estaba tan imbuido de la tradición lincolniana que prácticamente comía, dormía y vivía su vida como si fuera el "Honorable Abe".

Tomó mi mano con las dos suyas. Debo expresar mi pésame por la muerte de su hermana. Me alegra que la hayan puesto en libertad. Leí en los periódicos que la habían arrestado por el asesinato. Hablaba como si estuviese recitando el discurso de Gettysburg.

Terry dijo: —Está libre, pero tenemos que ir a una reunión en Springfield en la central de policía a las cuatro de esta tarde. Penny y yo, mi padre, Patterson y Brinks Underwood.

Terry le contó brevemente lo que sabíamos del hombre del saco a cuadros. La expresión de melancolía regresó al rostro de Tracy y su encogimiento de hombros resultó ser un gesto histriónico. Esas cosas sobrepasan mi entendimiento. Bastante tengo yo con qué preocuparme. Mañana es nuestro primer ensayo en el hemiciclo de Nuevo Salem.

Yo dije: —Conozco todas las líneas del argumento del Caballero de Sangamon, señor Tracy. Me sentiría gustosa y honrada con tomar la parte de Lorelei. El estar ocupada me haría olvidar. La función debe seguir adelante, ya lo sabe.

Sonrió: —Su sustitución había sido considerada de antemano. La veré mañana en el hemiciclo a las cinco de la tarde. Diciendo esto se alejó majestuosamente hacia una de las mesas de atrás.

Cuando estuvimos afuera, le dije a Terry: —Petersburg está al norte del parque de Nuevo Salem. ¿Por qué vino aquí Tracy si procedía del parque? Hizo un viaje especial. Estaba fuera de su camino.

Terry sonrió. —Con seguridad que no sospecha de Tracy, ¿eh? —Sospecho de cualquiera que tenga la fuerza suficiente para oprimir un gatillo.

—Tache a Tracy de su lista, en tences, —dijo Terry con acento sincero.

Springfield está comunicado por dos rutas que forman casi un triángulo perfecto. Nosotros llegamos por el 125; Tracy por el 29.

La pesquisa se efectuó en una enorme mansión que había sido convertida en capilla ardiente. Estaba llena con todos aquellos

que habían sido atraídos por la esperanza de oír grandes revelaciones acerca de una de las personalidades más pintorescas de América. Al caminar hacia el cuarto que se hallaba al frente podía sentir las miradas que se clavaban en mí y oír los susurros detrás de mí en el momento en que el pesquisador me ofrecía una silla.

Terry Drennan, modesto y con el semblante enrojecido, acercó la silla que se hallaba cerca de la ventana. Luego, todavía de pie, ofreció la mano a alguien que estaba sentado en la silla colocada del otro lado de la ventana. Oí la voz familiar de Brinks Underwood que decía: —Gracias, Drennan, gracias.

Volví la cabeza y me sorprendió el cambio que se había efectuado en la fisonomía de Brinks. Sus ojos estaban hundidos en las cuencas y tenía las pupilas enrojecidas. Su voz era un murmullo áspero que me destrozaba el corazón. —Penny, —fué todo lo que dijo y luego se humedeció los labios con la punta de la lengua.

Momentos después se levantó de su silla y se aproximó a mí, con una mirada muerta. —Penny, el hombre de la funeraria quería saber y así que le dije que fuera en el terreno de los Underwood en Memorial Lawn. Quería preguntarle... Su voz pareció agotarse.

Yo misma me sentía profundamente emocionada. Le cogí la mano con las dos mías. Seguro, —le dije con voz entrecortada, A lorelei le hubiese gustado. ¿Cuándo?

Se mojó los labios de nuevo. —El jueves por la tarde. Se regresó a su lugar y tomó asiento.

El pesquisador a quien llamaban Mocksie se acercó a mí en aquel momento. Me tomó de la mano y me llevó a un pequeño cuarto en donde se hallaba una mesa contra la pared, alejado de la multitud. Levantó la sábana y volvió a ver a Lorelei. Yo sabía que tenía que identificar el cuerpo. Abri los labios pero no pude pronunciar palabra alguna. Sentí que unas manos fuertes me cogían de los codos por detrás. Me di vuelta y pude ver la cara preocupada de Terry. Me tomó en los brazos en el momento en que me desmayaba.

## CAPITULO V

Ya de regreso a Springfield, Terry me contó lo que había pasado. Me habían hecho volver en mí en la antesala y recostado en un sofá mientras continuaba la pesquisa. Underwood había identificado el cuerpo. Terry y su padre habían prestado testimonio y el médico local había explicado con términos técnicos la causa de la muerte. Había sido corta y exacta; el veredicto fué el acostumbrado, "muerte causada por un balazo disparado por persona desconocida".

Cuando llegamos a Springfield nos dirigimos directamente a la casa de los Drennan. Mi cuarto estaba hecho trizas. Todo había sido registrado y destruido. Las cartas de amor de la Medinah habían desaparecido.

Con un santonio habían forzado una de las ventanas de los pisos bajos. La cerradura había sido destruida por alguien que conocía bien su negocio, opinó Terry. Estuvimos de acuerdo en que había hecho una visita. El sabía que yo estaba hospedada con los Drennan. Y, si había observado la casa de cerca, sabía que el ama de llaves se iba temprano y que



ILLUSTRACION BY NOWODZINSKI

—Usted siguió a la señorita Penny a Nuevo Salem, ¿por qué?  
—Ya contestó mi padre esa pregunta. —Pensé que necesitaría algún acompañante, aunque no se dejara ver, en un lugar tan solitario en la noche.  
—La señorita Penny ha dicho que después de que ella empezó a correr usted se unió a ella viniendo de detrás de la cabaña. Hizo una pausa como para dejar que se grabara bien lo que acababa de decir. —Si quería seguirla, por qué no tomó el camino ordinario, ¿como lo hizo ella?  
Terry se ruborizó. Si está sugiriendo que yo maté a Lorelei, teniente, está por completo fuera del camino! Yo no me uní a Penny desde detrás de la cabaña. Cuando la señorita Ames se bajó del coche y echó a andar por el camino yo me acerqué a un lugar desde donde se mira el estadio, donde se representaría la comedia Lincoln. Fué entonces cuando la oí gritar y corrí a prestarle ayuda. Esto es todo. Me uní a ella partiendo de un punto al norte del camino, pero no desde detrás de la cabaña.

Gregorio Patterson, ex-juez y por el momento miembro del Consejo General, era un manojito de nervios. Morf dijo: —Ciertas fuentes que yo considero dignas de fe, señor Patterson, han sugerido que Lorelei tenía en su posesión varias cartas que originalmente usted había escrito a una actriz cuyo nombre no mencionaré. El deseo de recobrar material de chantaje ha sido motivo de asesinato en más de una ocasión. Le pregunto, ¿dónde estaba usted anoche a las nueve?  
Patterson parecía trastornado, pero logró controlarse. Ya le contesté esa pregunta cuando me entrevistó esta mañana. No cambiaré la historia porque es la verdad. Anoche estaba a una distancia no menor de cuarenta kilómetros de Nuevo Salem y puedo probarlo. No maté a Lorelei. Se humedeció los labios con la lengua y luego agregó: —Pero estoy de acuerdo en que se merecía la muerte.

Morf se volvió ahora a Underwood, afirmando: —Usted se casó con Lorelei el domingo y luego volaron acá. ¿Dónde estaba anoche a las nueve?  
—Lorelei me dijo que tenía que acudir a una cita. Tuve sospechas y la seguí en un coche. Pero la perdimos con motivo de una señal del tránsito, después supimos que había alquilado un coche.  
Morf dijo: —Hemos seguido sus movimientos y los hemos encontrado correctos. ¿Qué nos puede decir de los diez mil dólares que esperaba recibir su esposa?  
Brinks movió la cabeza. —Absolutamente nada.  
Morf frunció el ceño. —¿No tenía su esposa otros parientes vivos además de usted y su hermana?

—No creo que tuviese otros parientes vivos.  
—¿Resulta entonces que usted se convertirá en heredero de los bienes que Lorelei posea?  
—Así lo creo. Sus ojos se clavaron en la fisonomía de Morf y su cara se puso roja. —Si está sugiriendo que la maté por su dinero, ¡está loco!  
Morf dijo: —No estoy sugiriendo nada. Sólo estoy haciendo preguntas. Morf clavó la vista en mí y pareció a punto de hablar. Luego dió la impresión de cambiar de idea. Cruzó el cuarto y desapareció por una puertecita que cerró cuidadosamente detrás de sí. Después de un par de minutos regresó y caminó en derecha a mí.

Dijo: —Sabemos que su hermana la había estado oprimiendo durante algún tiempo, sabemos que ni siquiera quiso que usted tomara el papel estelar en El Caballero de Sangamon, sino que lo tomó para sí. Usted tenía razones para odiarla, sin duda alguna. Su voz dejó las palabras flotando en el aire, como si se tratara de la cuerda de un cadalso.  
Yo luché por contener mi ira. —No la odiaba. No es tan fácil odiar a los que son de nuestra sangre. No me gustaba estar bajo su dominio. Por esa razón rechacé el viaje a Inglaterra. Por eso me separé del grupo. Yo no era otra cosa para ella, sino una sombra, su relevo, su sustituto, su secretaria. Carecía de personalidad a su lado. Tenía que apartarme de ella si deseaba el éxito. Así que me separé y lo hice con toda limpieza.

Morf dijo, insistentemente: —¿Por qué fué a Nuevo Salem anoche?  
Se lo dije y agregué: —Debe resaltarle a claro que yo no pude matar a mi hermana. Fué muerta por una bala, yo no tenía pistola y usted no ha encontrado el arma. De esto resulta evidente que el que la mató se llevó el arma consigo. Luego le conté lo del hombre del saco a cuadros. Me siguió desde Chicago. Me siguió del hotel Abraham Lincoln hasta la casa de los Drennan. El...  
Morf me interrumpió: —Nadie ha visto en Nuevo Salem al hombre del saco a cuadros. Nadie puede dar testimonio de su existencia excepto usted y el joven Drennan.

Mi enojo surgió a la superficie. A alguna hora entre las ocho de la noche anterior y las tres de esta tarde mi habitación con los Drennan fué registrada. Las cartas que Patterson escribió a la actriz, fueron robadas. Creo que el hombre del saco a cuadros fué empleado por el señor Patterson para que le recobrar las cartas.  
Morf miró a Patterson: —¿Es cierto? ¿Estaba alguien tratando de ayudarle a recobrar las cartas?  
El legislador tragó saliva nerviosamente, luego vaciló por un momento, un momento muy largo. Finalmente suspiró y dijo: —Alquilé los servicios de un detective privado de Chicago que me habían recomendado. Se llama Joe Carson. No sé si es el hombre del saco a cuadros o no.

—La señorita Penny dice que le fueron robadas las cartas. ¿Le ha notificado Carson que ya las tiene?  
El rostro de Patterson mostró indecisión y algo de temor. —No. No he visto a Carson aquí en Springfield.

Repentinamente pareció que Morf perdía todo el interés en la pesquisa. Declaró: —Eso será todo, amigos. Muchas gracias por su cooperación. Caminé hacia la puerta por donde había desaparecido minutos antes y al pasar Terry y yo por frente a él, se introdujo a ella y la cerró tras él. Pero tuve tiempo de ver a un hombre con unos auriculares en la cabeza sentado a una mesa, sobre la cual vi también un grabado electrónico.  
Oprimí el brazo de Terry: —Ese hombre, —le dije,— es Bruce Jamison. Debe haber tenido micrófonos ocultos en el salón. Todo lo que hemos dicho está en ese alambre electrónico.

Terry tenía una expresión curiosa en el rostro. Tal vez tenía razón usted en lo que dijo acerca de Jamison. Está trabajando con Morf y apostaría a que pertenece al Comité Federal de Investigaciones, tal y como usted lo supuso.  
Me detuve. —¿Por qué se oculta entonces Jamison? —Hice la pregunta en voz alta pero mi corazón ya conocía la respuesta. La casi descuidada manera con que Morf había recibido la información sobre las cartas de Medinah me aseguraron que tanto él como Jamison ya tenían noticias sobre ellas. Y la forma abrupta como había cerrado la sesión... no había duda de que su interés estaba acaparado por otra cosa.

Algo que Lorelei había poseído o conocido y que ellos creían que estaba en mi posesión actualmente, y que ellos sospechaban que el matador de Lorelei creía también que yo tenía. Pero, ¿qué podría ser? Yo estaba dispuesta a jurar por todos los santos que no tenía ninguna cosa que hubiese pertenecido a Lorelei.  
Pero la policía creía lo contrario. Y también estaban trabajando bajo la suposición de que el asesino también lo creía y que usándome como señuelo harían que saliera a la luz del día. En ese momento entraría en acción la ley y lo atraparía.

A las cinco de la tarde del miércoles todo el personal del Caballero de Sangamon se reunió en el escenario de madera que se había construido bajo la dirección de John Tracy. Terry, a cargo del escenario, estaba allí, su padre y Gregorio Patterson tenían algunos pequeños trozos en el reparo.  
Tracy era el director. Al principio pensé que estaría contento con representar a Lincoln, pero pronto me di cuenta de que no. Era excelente, no solamente recitaba sus líneas espléndidamente, sino que sus ademanes, acciones y hasta su presencia en el escenario, me hacían pensar que podría haber sido un gran director profesional o un soberbio actor si hubiese decidido olvidarse de la música.  
Estaba tan emocionada que el tiempo parecía volar y antes de que me diera cuenta habíamos terminado con el primer acto. Tracy sonrió tristemente, y dijo: —Será bueno. Será muy bueno. Estoy orgulloso. Son las ocho y media. Creo que basta por hoy. Buenas noches.  
Terry y yo observamos la puesta del sol que se había ocultado como una naranja detrás de los cerros azules. Era un momento lleno de sentimentalismo pero el gran tonto no se aprovechó de él. Dijo: —oscurecerá de un momento a otro Penny. También todos se han ido ya del lugar de estacionamiento.  
Para cuando llegamos a su carro una cortina azul se había dejado caer sobre los cerros. Retrocedí del lugar que le correspondía a su coche y nos dirigimos hacia la entrada del estacionamiento. Los faroles iluminaron el puente sombrío hacia el lado del molino gris. Docenas de automóviles estaban estacionados a ambos lados del camino. Dije a Terry: —Hay una multitud en el molino esta noche, ¿a qué se debe?

—Ha de haber pasado algo, —observó él, luego se hizo hacia la cuneta y estacionó su coche. Nos bajamos y al caminar hacia el grupo escuchamos el ulular de una sirena y vimos la luz roja de una ambulancia. Se detuvo bajo el puente y unos hombres se aproximaron con una camilla cuando llegábamos al lugar. Estaban presentes casi todos los miembros del personal del Caballero de Sangamon incluyendo a John Tracy, Gregorio Patterson y el Sr. Drennan. Todos tenían la mirada fija en un bulto tirado en el suelo.

Terry le preguntó al oficial de caminos: —¿Qué sucedió?  
Señaló el cuerpo tirado en el suelo: —Fué atropellado por un coche, según parece.  
Un hombre a quien yo no conocía, —dijo con voz temblorosa. —Se lo digo, oficial, no pude evitarlo. Llevaba mi coche a velocidad moderada y de pronto saltó el tipo éste. Apliqué los frenos pero no pude parar a tiempo.  
El policía echó una mirada a las caras de los curiosos: —Puede alguno de ustedes identificar al muerto?  
Yo eché una mirada y me puse fría. El cuerpo tenía una pequeña barba roja y estaba cubierto con un saco a cuadros!

Yo eché una mirada y me puse fría. El cuerpo tenía una pequeña barba roja y estaba cubierto con un saco a cuadros!

Yo eché una mirada y me puse fría. El cuerpo tenía una pequeña barba roja y estaba cubierto con un saco a cuadros!

Yo eché una mirada y me puse fría. El cuerpo tenía una pequeña barba roja y estaba cubierto con un saco a cuadros!

Yo eché una mirada y me puse fría. El cuerpo tenía una pequeña barba roja y estaba cubierto con un saco a cuadros!

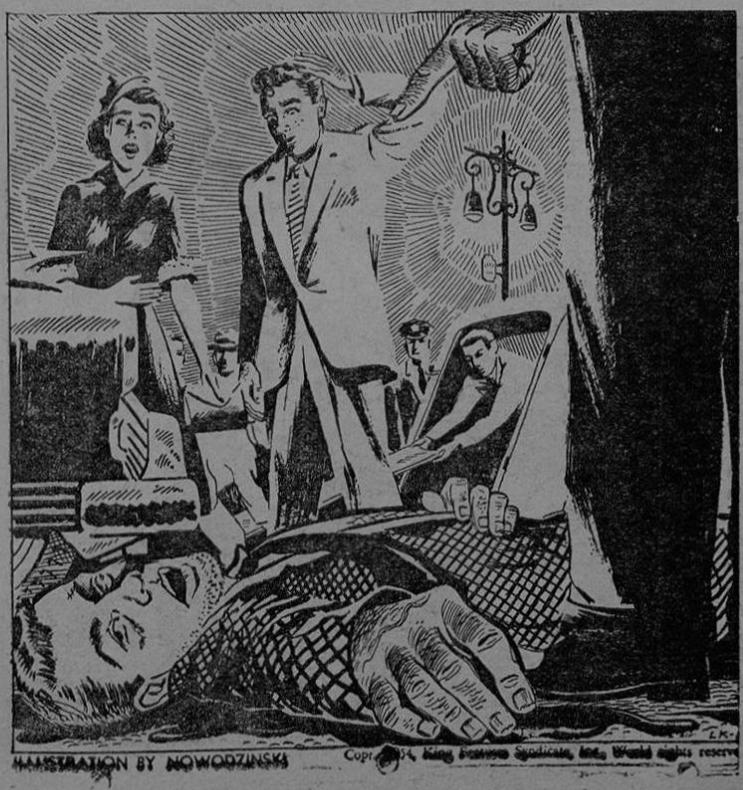
Yo eché una mirada y me puse fría. El cuerpo tenía una pequeña barba roja y estaba cubierto con un saco a cuadros!

Yo eché una mirada y me puse fría. El cuerpo tenía una pequeña barba roja y estaba cubierto con un saco a cuadros!

Yo eché una mirada y me puse fría. El cuerpo tenía una pequeña barba roja y estaba cubierto con un saco a cuadros!

Yo eché una mirada y me puse fría. El cuerpo tenía una pequeña barba roja y estaba cubierto con un saco a cuadros!

Yo eché una mirada y me puse fría. El cuerpo tenía una pequeña barba roja y estaba cubierto con un saco a cuadros!



na oficina. Pero él no entró. Cerró la puerta detrás de mí. Se abrió otra puerta y el hombre de las orejas agudas entró al cuarto. Era, sin lugar a dudas el que se me había presentado como ingeniero de seguridad en el tren.

Me ofreció una silla y luego se sentó frente a mí. Los rasgos de su rostro se suavizaron y dibujaron una sonrisa. Creo que durante mucho tiempo ha sospechado que pertenezco al Comité de Investigaciones Federales. Eso, sin vanidad, podría llamarse adecuadamente ingeniería de seguridad. Me he conservado en las bambalinas porque he estado deseando que el matador de Lorelei abandone su escondite.

Le pregunté: —¿Es usted el que me sacó de la cárcel?

—Sí. Sólo la tuve allí durante algunas horas. Temía en un principio que se desatara una publicidad sensacional sobre sombrillas llenas de diamantes y círculos de espías internacionales. Por sobre todo, no quería asustar al matador de Lorelei y obligarlo a que se escondiera.

—¿Entonces la sombrilla si contenía joyas?

—Bueno, pues creemos que Lorelei introdujo a este país joyas de contrabando con el objeto de entregarlas a un agente extranjero. No creo que ella le haya concedido a eso la suficiente atención para darse cuenta de que estaba cometiendo un delito. Tal vez lo consideraba como un medio de diversión o algo por el estilo.

Mis sospechas no habían andado muy descaminadas. Así que el agente extranjero mató a Lorelei y obtuvo las joyas gratuitamente. ¿Es eso?

—No del todo. No tengo pruebas, pero creo que ya se le había dado a Lorelei otra misión. Creo que le enviaron otra cosa a Chicago.

Puede haberlo recibido pero no había podido entregar las joyas y recoger los 10.000 dólares. Se arregló una cita durante la cual recibiría su paga. En vez de eso recibió, la muerte.

—¿Qué era lo que tenía que haberse llevado a Europa?

—Pensamos que sea una de las tres micropelículas que existe de un cañón antiaéreo que se dispara con el sonido. Fué perfeccionado por nuestras fuerzas armadas. Una de las tres micropelículas ha desaparecido.

—¿Es eso una teoría o algo que se conoce bien?

—Es más que una mera teoría, pero no es conocimiento precisamente.

—¿Qué me dice de las cartas de Gregorio Patterson a Cissy Medinah que me robaron de mi cuarto? ¿Se las robó el hombre del saco a cuadros? ¿Es él quien mató a Lorelei?

—Creo que José Carson, que así se llamaba el hombre del saco a cuadros, estaba trabajando para Patterson y si se robó las cartas. Jamison se me quedó mirando con fijeza. También tengo la seguridad que él sabía quién había matado a Lorelei. Anoche se enfrentó al asesino de Lorelei con esa acusación. Y por eso lo asesinaron!

—¿Asesinado? Yo creí que era un accidente, atropellado por un coche.

—Jamison dijo: —Tenemos motivos para creer que fué asesinado. Encontramos algunas hebras de su saco en la balustrada del puente. Creemos que primero fué muerto a golpes y luego arrojado al paso de un coche para ocultar el crimen.

—¿Se encontraron las cartas de Patterson en el cuerpo de Car-

son?

—No.

—¿Por qué me llamó aquí? Cree usted que.

—Queremos saber quién mató a Lorelei y a Carson. Pero también queremos encontrar la micropelícula que sabemos estaba en su posesión. Estamos bastante seguros de que el matador no logró apoderarse de ella. Usted puede ayudarnos a encontrarla.

—¿Cómo? ¿Sigo siendo un señuelo?

El sonrió. —Su esposo y yo registramos todas las pertenencias de Lorelei en el Hotel. La micropelícula no estaba allí.

—Entonces, ¿qué es lo que yo puedo hacer?

—El cuerpo de Lorelei ha sido enviado a Chicago. Los ensayos posteriores del Caballero de Sangamon han sido cancelados hasta después del funeral. Queremos que registre el departamento de su hermana en Chicago. Espero que allí encuentre la micropelícula.

Yo dije: —Brinks podría hacer ese registro tan bien como yo. Y la policía podría hacer un mejor trabajo que cualquiera de los dos. Pero usted quiere que yo lo haga porque piensa que el matador de Lorelei me seguirá hasta ese lugar.

—Esa es la idea general, —dijo Jamison. —Usted viene a ser como el más hermoso señuelo que yo haya visto. Y para agradecerla le confesaré que soy detective y que durante la guerra hice algunos papeles teatrales. Me gustó mucho y me gusta mi trabajo actual.

Cuando regresé a la casa de los Drennan le telefoneé a Terry a su oficina y le hice saber que partiría para Chicago en el tren de las 10:48.

Terry bajó la voz. ¿Va solamente al funeral de Lorelei?

Podía hablarle con franqueza pero no por el teléfono. —Estoy obedeciendo órdenes. Pienso en B. J. Dice que Carson fué asesinado y su cuerpo arrojado frente al coche para que pareciera accidente.

—¿Toma el tren de las 10:48? La veré en la estación para despedirme de usted.

Llegué a la estación a las 10:30. Cuando me acerqué a la ventanilla de boletos apareció Terry delante de mí. Cambié de parecer: —me dijo, y me mostró un sobre con los boletos para el viaje. No

me gusta nada este negocio. Jamison la está enviando a Chicago sola.

—Hay agentes federales en Chicago, Terry. Jamison podría telefonarles para que protegieran.

Terry me apretó el brazo y me detuvo a un paso del umbral de la puerta del andén. —Mire! exclamó.

Afuera, dos hombres cruzaban el andén, platicando con vehemencia. Uno de ellos era Brinks Underwood y el otro Gregorio Patterson.

Yo opiné: —Brinks va al funeral, desde luego.

Terry expresó entonces un pensamiento que estaba bullendo en mi mente. —¿Pero por qué motivos va Patterson a Chicago también? De seguro que no va al entierro. Odiaba a Lorelei. Podría ser él quien...?

Enterraron a Lorelei en el lado norte de Memorial Lawn, en un lugar que parece una mansión de Hollywood. Le hubiese encantado la ceremonia. Estaban presentes como cinco mil personas y periodistas y fotógrafos por docenas. Un tipo con un grabador electrónico se movía por entre los concurrentes, entrevistando a algunas celebridades, a fin de que el público se diera cuenta por medio de una transmisión posterior de la magnitud del homenaje.

Más tarde ví a Underwood en el salón del hotel. Su fisonomía se veía ajada y una sombra oscura se veía en sus ojos. Estuvo muy bien. A Lorelei le hubiese gustado mucho, dije yo.

—¿Muy bien? —repitió la palabra, como escupiéndola, con un brillo en los ojos. Los Monstruos —hizo una pausa. Antes de abandonar Springfield, el señor Jamison me pidió permiso para que la dejara examinar el departamento de Lorelei. No necesita permiso. ¿Cuándo quiere ir, Penny?

—¿Estará bien a las ocho de la noche, hoy? Nos veremos aquí en el salón de nuevo. Asintió y se dirigió hacia los ascensores.

Terry había estado de pie por allí cerca durante el episodio anterior. —No voy a dejarla entrar sola al departamento de Lorelei ni en compañía de Underwood. Voy a acompañarla.

—¿Por Dios! ¡Creo que tiene celos, Terry!

El departamento de Lorelei era la mitad superior de una casita

de dos pisos que se hallaba cerca del Paseo Lake Shore. Brinks, Terry y yo salimos del coche y corrimos por entre la suave lluvia que estaba cayendo, cruzamos la puerta y penetramos al salón de la casa. Los conduje por la escalinata hasta llegar frente a la puerta. Brinks la abrió con su llave.

La sala del departamento de Lorelei era una cosa inmensa que ocupaba todo el frente del departamento. El piso había sido decididamente encerado pero ahora se veía cubierta con una película de polvo.

—Tengan la bondad de sentarse, —les dije, no hay prisa. No tengo la menor idea por dónde empezar a buscar ni qué buscar.

Pasé de la sala al comedor, que se hallaba más al fondo y encendí la luz. No busqué en las recámaras porque repentinamente tuve la impresión de que alguien me estaba mirando. Regresé a la sala.

Terry estaba de pie junto a la mesa grande donde yo había colocado mi bolso. Tenía una pólvera en la mano, una réplica de la que se encontraba en mi bolso. Pero ví que tenía las iniciales de Lorelei. Me miró y me preguntó preocupado: —¿Qué le pasa? Se ve usted terriblemente livida.

Me puse roja. Fué allí dentro, —dije con torpeza. Tuve la impresión de que no estaba sola. Como si alguien me hubiese estado mirando.

Sus labios se entreabrieron, pero antes de que pudiera decir media palabra se escuchó un ruido en la puerta... Saltó el resorte de la cerradura, se abrió la puerta y apareció en el dintel la figura de Patterson, empujando una pistola en la mano derecha. Apenas entró, dijo: —Le ruego que me perdone, señorita Ames.

Terry gruñó: —Pidiendo perdón...!

Un brillo acerado se reflejaba en la pupila de Patterson. Parecía víctima de una gran tensión y yo temía que el llamador de su pistola fuera a ceder al influjo de aquella tensión.

—Los herederos están presentes, —dije, tratando de calmarlo. Su esposo y su hermana.

—Y el señor Drennan, agregó Patterson. No lo olvide! El está enamorado de usted y usted lo está empleando como instrumento. Tal vez esté intentando llevar adelante el negocio de su hermana.

Terry dió algunos pasos en su dirección. Gregorio le marcó el alto.

—Drennan! ¡Lo mataré si se mueve un decímetro más! No me engaña esta mañana cuando me habló por teléfono. Reconoci su voz al invitarme a venir aquí esta noche. Quiero esas cartas. ¡Ahora! Nunca pagaré el chantaje. Primero lo mataré.

Terry dijo con ira: —Gregorio, realmente está usted loco!

Yo dije: —Yo sé acerca de las cartas que quiere. La noche en que asesinaron a mi hermana, las cartas que usted escribió a Cissy Medinah fueron robadas de mi habitación por el hombre que usted alquiló para recuperarlas.

—No es cierto, señora Ames. Las cartas no estaban en el cuerpo de Carson. No puede haber sido su voz la que me llamó esta mañana y concertó esta cita. Me dijo que tenía las cartas y que aquí me vería y me las vendería en diez mil dólares. La voz era la de Terry. No me engaña, aunque parecía estar cubriendo el aparato con un pañuelo o algo parecido.

—Señor Patterson: —le dije, —si nos ofreciera cien mil dólares no podríamos devolverle las cartas. No las tenemos. Estoy segu-



ra de que Carson la robó de mi estuche de escritura. El matador de Carson debe haberse quedado con las cartas.

Sus ojos se agrandaron: —¿El matador de Carson?

—La policía no ha querido hacer público eso todavía, pero Carson no murió víctima de un accidente automovilístico.

El brazo que sostenía la pistola colgaba ahora inerte en el costado de Patterson y su rostro tenía una expresión de derrota y cansancio. —¡Han sucedido tantas cosas que me siento completamente confundido.

Fué entonces cuando le conté lo que sabía de acuerdo con lo que Jamison me había comunicado.

Se metió la pistola en un bolsillo y se dejó caer en una silla, clavando su mirada en mí. Esa película de que habla, con seguridad que la policía ya debe haberla buscado entre las pertenencias de su hermana.

Terry dijo: —Hemos venido aquí a buscarla. Cuando usted entró le estaba diciendo a Penny que esta polvera podría ser un lugar de escondite perfecto para una micropelícula enrollada. Oprimió el resortito y se abrió la polvera. Se quedó mirando el polvo medio derramado y dijo desilusionado: —Creo que me equivoqué. Puso la polvera sobre la mesa.

Me miró con sorpresa. Penny ¿qué le pasa? Tiene los ojos tan grandes como...

—Terry, —le interrumpí,—creo que sé dónde está la micropelícula. —La he tenido conmigo durante todo el tiempo!

—¿La ha tenido? Jamison dijo que Lorelei...

—Ya lo sé. Ella la tenía. Y la tenía escondida en una polvera como esa, una polvera con mis iniciales. Cuando Lorelei llegó a Springfield, ella tenía mi polvera. Se la ví en el hotel y la guardé en mi bolso. Me vió hacerlo y recuerdo que me dijo: —el polvo que tiene esa cosa será dinamita para... —No supe lo que quiso decir entonces, pero ahora ya lo sé.

Me aproximé a la mesa, abrí mi bolso y saqué la polvera. Se la dí a Terry con manos temblorosas. El la tomó, abrió las tapas y sacó un rollito de micropelícula. Su voz temblaba al decir: —Aquí está!

Repentinamente vi una expresión de alarma en la cara de Terry, al mismo tiempo que retrocedía levantando las manos. Sus ojos estaban fijos en algo que se hallaba detrás de mí. Oí unos pasos y me dí vuelta para ver un individuo con el sombrero sumido hasta los ojos y el cuello de su impermeable seco levantado hasta la barbilla, saliendo de las sombras que envolvía el comedor. En su mano empuñaba una automática negra.

Al aproximarse a la luz reconocí a John Tracy! Ahora no tenía ninguna semejanza con Abraham Lincoln. Su cara tenía expresión perversa y maligna.

Con que usted era el que estaba escondido en una de las recámaras, —dije. Por eso tenía la sensación de que alguien me estaba observando.

La voz de Tracy había perdido todo su acento pulcro y elegante. Se acercó a Terry y le quitó la película, poniéndola en su propio bolsillo. —Gracias, dijo, —no tendré que perder tiempo buscándola.

Me miró con una expresión de triunfo. Ya estaba yo aquí antes de que ustedes llegaran. Estoy preparado para cualquier emergencia. Cuatro de mis hombres están

por fuera de esa puerta, así que no traten de convertirse en héroes.

No me pude contener. —Usted mató a Lorelei, ¡Usted...!

—Por supuesto, dijo friamente. —Era demasiado testaruda. Me traía algunos diamantes de contrabando, pero estaba hinchada de vanidoso patriotismo y se negó a llevar la película a través del mar. Hasta me amenazó con denunciarme. ¡Era una necia! ¡Así que le cerré la boca, para siempre!

Y yo estaba pensando en ella extrañamente con aquel hombre delante de mí. Acudieron a mí las palabras de Shakespeare: "El mal que hacen los hombres vive después de que ellos mueren, el bien que hacen, a menudo es sepultado con sus cuerpos". Aquello podía servir de epítafio para Lorelei. Había hecho muchas cosas que le habían convertido en símbolo de lo sensacional, esas cosas serían recordadas, las cosas malas. Pocos sabrían ya más que se había rehusado a traicionar a nuestro país. "El mal que hacen los hombres vive después de que ellos mueren; el bien que hacen, a menudo es sepultado con sus cuerpos".

Tracy sacó una bolsita de gamuza y la agitó con la mano, como provocándonos. Tengo los diamantes y ahora poseo la película también.

El rostro de Patterson tenía el color de cera. —También mató a Carson y tiene las cartas que yo escribí. Las tomó de su cuerpo. Usted es el que me telefoneó para chantajearme.

Tracy se acarició el bolsillo del pecho. —Tengo las cartas, ya podrá redimir las más tarde.

Yo dije: —Tendrá que dar cuenta de dos asesinatos.

Tracy se expresó con burla. —Carson no fué asesinado. Fué borrado. También tenían ideas ilusas de patriotismo. De hecho trató de arrestarme. Así que, lo borré y nada más.

No soy una heroína, pero hay ocasiones en que sólo cuentan los resultados y no las consecuencias. Hay también algunas ventajas en ser mujer. Tracy estaba vigilando a Terry, a Brinks y a Patterson. Cualquiera de ellos hubiera podido saltar sobre él.

Así que me aproveché de la oportunidad de poder coger la polvera y arrojársela a Tracy con todas mis fuerzas. El polvo lo cegó por algunos momentos. Gritó: —¡Boris! —y oprimió el disparador de su pistola.

El esfuerzo que había hecho me hizo tropezar con una alfombra y caer al suelo. Oí el ruido del disparo y el de un cristal que saltaba hecho pedazos. Vi que Terry asestaba un golpe terrible con el canto de la mano sobre el cuello del traidor. Tracy cayó al suelo. Terry cogió la pistola y se dispuso a recibir al llamado Boris.

La puerta se abrió. Pero no fué Boris el que entró. Fué Bruce Jamison, vió el cuerpo inconsciente de Tracy tirado en el suelo. Hizo una señal de aprobación a Terry, —Excelente, Buster!

Jamison se inclinó y lo vi hacer algunos movimientos con las manos de Tracy y después escuché un ruido metálico. Luego dijo: —Se metió a la trampa, que ni duda. Tenía hombres en este edificio desde las ocho de la mañana. Hemos colocado micrófonos en todas las habitaciones. Boris y su gente fueron aprehendidos tranquilamente después de que todos ustedes se metieron aquí.

Terry dijo: —Pasamos un buen susto.

—Valió la pena, —dijo el agente federal, —tenemos los diamantes metidos de contrabando. Recu-

# Meditación sobre las Ruinas de la Parroquia de Cartago

por Gonzalo Chacón Trejos

VEINTICINCO años después de su total destrucción, la ciudad de Cartago sonríe en esta luminosa mañana de domingo; las

suntuosas residencias de equivocados estilos y fácil riqueza, los jardines, las plazas, las calles concurridas que cortan lujosos y veloces automóviles, tienen hoy la apariencia sonriente y frívola de las poblaciones ricas, preocupadas del goce inmediato, del lujo y las comodidades materiales.

Cartago es ahora totalmente distinto del Cartago legendario e histórico, no sólo en lo material sino también en lo espiritual, puesto que la preocupación dominante entre la vieja sociedad era, según dicen, la salvación eterna del alma y el desprecio de las vanidades del mundo, todo para mayor gloria de Dios y de la Santa Iglesia.

Por contraste, la gente se apresura ahora a llenar los teatros, organiza brillantes fiestas sociales y exposiciones comerciales de inusitado brillo: prefiere bailar "blues" al són de una musiganga africana, muy en moda, o irse a ver las pecaminosas escenas que le ofrece el cine, a quedarse recogidita en casa, arrodillada con toda la familia y servidumbre en la amplia y austera sala para rezar devotamente el rosario...

Más de una anciana abuela, vive escandalizada de tan funesto cambio, pues hoy una exposición de ganadería en Campo Ayala tiene infinitamente más brillo que la gloriosísima procesión de la milagrosa Reina de los Angeles; mas el cambio es condición esencial de la vida, y Cartago cambia y se reneva, con lo que demuestra su pujante vigor. Es el brote nuevo y vigoroso del viejo tronco que la tierra cubre, este mismo suelo por el cual vamos ansiosos en busca de algo que, en la ciudad nueva, sea un vestigio del pasado; algo que recuerde a las generaciones que allí vivieron, amaron, sufrieron y murieron.

De pronto una visión hace estremecerse nuestro espíritu, pues ese remoto vestigio, ese recuerdo que buscamos, alienta románticamente en las ruinas de la Parroquia que están clavadas en el corazón de la ciudad.

peramos las cartas de Patterson y colocaremos al traidor Tracy en el lugar que le corresponde.

Yo quería levantarme del suelo, pero preferí, no hacerlo. Me dejé caer y cerré los ojos.

Oí que Jamison decía: —Buster, su amiga parece haberse desmayado con el golpe que se dió. ¿O la hirió la bala de Tracy?

Repentinamente sentí que me cogían unos brazos fuertes y maravillosos. Sentí que los labios de Terry me besaban en la boca y su voz conmovida que decía, —¡Penny! Querida!

Abrí los ojos y lo abracé. Reclinando mi cabeza en su pecho lo oprimí y miré sonriente al agente federal.

—Excelente trabajo, señorita Ames! —me dijo y guiñó un ojo.

—Es un trabajo excelente si puedo conseguirlo, —le contesté, guiñando un ojo también.

dad como una espina dolorosa, memoria del pasado y muda evocación de la ciudad desaparecida, la cual parece levantarse del silencio de esas ruinas y hablarnos conmovedoramente de las vicisitudes de la vida y de la muerte.

En nuestra fantasía, la antigua ciudad se yergue sobre el polvo de las ruinas, y de esas piedras surge la visión de la ciudad perdida: grandes casonas encajadas; amplios corredores embaldosados de rojos ladrillos con barandales balastrados; largos tapias bajos y enrejados; recios muros y pesados portones; ventanas con balaustres en los antepechos o con rejas voladas de hierro forjado; anchas calles adoquinadas por cuyo centro corría el arroyo; iglesias aquí y allí; casas en cuyos muros había hornacinas con santos, ante los cuales todo transeunte se detenía para rezar un instante de rodillas; aspecto conventual, religioso y severo; repiques de campanas a toda hora hasta el toque de ánimas que caía tristemente sobre la ciudad brumosa y dormida...

La Conquista, La Colonia, Vázquez de Coronado, López de la Flor, Juan de Dios de Ayala, los Peraltas, Oreamunos, Jiménez, Sanchos, Bonillas, Volios, Rojas y Céspedes; las leyendas encantadoras o terribles: la Virgen de los Angeles, los aparecidos, las brujas, el padre sin cabeza y la carreta sin bueyes; las historias de doña Ana de Cortabarría y doña Anacleto Arnesto de Mayorga; el trágico destino de la Parroquia, a la cual, por mandato del cielo, los enfurecidos y devastadores elementos — el terremoto, el fuego y el rayo — la dejaron en ruinas cuantas veces se intentó, a lo largo de los siglos, levantarla y terminarla, porque en su recinto se cometió horrible sacrilegio, pues por causa de una mujer bellísima, un furioso enamorado dió muerte a puñaladas en las gradas del altar, en el momento en que elevaba la Hostia, a un sacerdote cuya alma en pena, durante las noches de luna, ambula entre las ruinas como una leve claridad...

De la antigua ciudad Muy Noble y Muy Leal tan sólo que dan esas piedras, de las que emana la doliente pesadumbre que flota sobre las tumbas olvidadas, derruidas y musgosas, sin lápidas, sin flores y sin lágrimas; de esas ruinas venerables fluye honda melancolía y la tristeza parece que llora y suspira a la sombra silenciosa de sus pórticos rotos; las trepadoras y la oscura hiedra; fúnebres ramos, caen con desolado abatimiento sobre los recios muros agrietados, recuerdo infausto de mortal catástrofe que el olvido va cubriendo lentamente con sus velos impalpables.

Mas Cartago conserva con piadoso afán las sagradas piedras del derruido templo, como un monumento a su desgracia, como un recuerdo que pide una oración a la memoria de las víctimas. Y es tanta la doliente belleza de esas ruinas majestuosas, que al contemplarlas meditamos en la vanidad de los empeños humanos, en la seguridad de la muerte, y nos sobrecoge la idea de la brevedad de la vida y del fatal derrumbamiento de todas las cosas.

# Benjamín Palencia

Por Guillermo Morón

UN DIA cualquiera Benjamín Palencia se sintió con ganas de pintar. No el sorprendió la pregunta ¿qué es la pintura?, sino que se echó sobre ella. Tres palabras se le hicieron, eso sí, presentes: camino, dolor, angustia. Pero le hizo más caso al camino. Se puso en el camino. Se fué por el camino. El camino le ha llevado y le ha traído.

Como todas las cosas de la España contemporánea y, si no me engañan los libros de historia, de la España de siempre, la pintura está alzada en riña. Se afirma y se niega, por los amigos y por los enemigos. España ha sido país de pintores y parece que sigue siéndolo. Solana está cerca aún. Una vez dijo que dijo: "He podido pintar como Goya, pero no me dió la gana". Picasso es un genio. Dali un afortunado. Dentro del Reino, en Madrid y fuera de Madrid, se oyen los nombres de Vázquez Díaz, de Cossio y de Palencia con frecuencia de directores, de maestros en el arte. Hasta dónde, no lo sé. Pero si se mira con las exposiciones, por la afluencia de obras a Museos y Colecciones, por las críticas, llegan hasta lo hondo de la pintura: son los pintores de su tiempo.

En este caso Benjamín Palencia vuelve al paisaje. ¿Es que retorna España a su paisaje?

—El paisaje me lo dá todo en uno y multiforme aspecto: el hombre, el cielo, el animal, la piedra.

Como si lo pequeño, lo transitorio, desapareciera frente a la magia de los colores y permaneciera, para siempre, lo ecunémico: así, repetido. Debería serlo y parece que lo es. Existe, sin duda, una nueva concepción del ser humano, que avanza hacia el porvenir de la pintura.

Palencia se encarama en los montículos de sus monólogos paisajísticos para hablar. Tiene gruesa y recia voz. Tiene pin celada ancha y espesa.

—Alta tarea la del auténtico pintor, que con material tan terrenal, la tierra y los colores de la tierra, va dejando las horas de su vida en el recinto de su obra.

En 1923 Juan Ramón Jiménez le hizo publicar un cuaderno — "Niños" — donde el Palencia de las ternuras se acoge regocijadamente. Son como las figuras platónicas de su arte, donde todo está trazado para idealizar.

—El hombre es un proyecto constante de niño...

En 1925 está presente en la Exposición de Artistas Ibéricos en el Palacio del Retiro, de Madrid, donde se encuentran Angel Ferrant, Solana, Arteta, Borés, Ucelai, Dali y Berdejo. Es la época de lo que ha llamado alguien, refiriéndose a nuestro entrevistado, "simbolismo" racial, aunque sin entender muy a las claras lo que ese termino significa. Después viene el viaje a París, inevitable entonces...

—En París encontré una pintura delicada, construida con

poesía e inteligencia.

En París estaba Picasso y su neocubismo. Estaban André Derain, Braque, Vlaminck, Miró, Klee, Utrillo, Laurencin, Juan Gris... Había en ellos alguna verdad y alguna razón.

—Me hice amigo de Braque y de Matisse. Picasso me llamaba feroz. Pero yo buscaba poderes, razones últimas, para volver a mi temática racial: el paisaje y la gente ibéricos. Yo sabía que al fin podría quedarme sólo, con un trozo de tierra y una paleta.

En 1928 va al Museo de Arte Moderno de Madrid y luego los viajes a Estados Unidos, a Inglaterra, a Alemania, para en 1932 regresar al Palacio de Bibliotecas y Museos. Ya es un pintor hecho y derecho.

¿Se acuerdan los venezolanos de José Bergamín, aquel español con escritura de tela de araña? Dicen que dijo, hablando de Palencia: "que nadie trate de hallar la puerta de salida antes de haber hallado la de entrada".

Vallecas es un aldeaño de Madrid, con casas alborotadas, gente fuerte y ceñuda, con gritos por palabras. Antes fué campo al raso. Allí estuvo Palencia buscando paisaje y enseñando. Le seguían, unos cuantos muchachos que deseaban pintar también.

—En Vallecas hice teología de la intemperie. Repite ese como eco religioso, como el aspecto catecúmeno de su arte y de su religión del arte.

—No me gusta evadirme.

Así, con frases sueltas, mientras miramos el autoretrato que se ha hecho, cabeza gris y ojos penetrantes, y mientras, agazapados sobre los colores y las paletas revueltos, vemos la transformación de la luz en cuerpo de pintura, en el bodegón que ahora ejecuta para la casa de un alemán que tiene hijo pintor, discípulo único de Palencia. El nombre de este niño de trece años es Jesús Erich Degner, mestizo de teutón y de ibero, rancia mezcla. Veremos lo que dice la historia, si es que algún día habla. En un bloque azul, una figura compacta: ojos, bloque, azul, cerrado. Es un retrato. El ocre, en un paisaje, es un misterio, es un drama.

—A la mano no se la puede dejar sólo al servicio de los ojos; este es una inmoralidad del dibujante; es querer pasar gato por liebre.

Así volvemos a la conversación que se había metido en corriente subterránea de pensamientos, de abstracciones e intentos de comprender. Antes de conversar con Palencia dije en alguna parte que sus paisajes me recordaban los monólogos de Unamuno. Hoy encuentro significado a aquella representación que me asaltó mientras observaba su Paisaje de Castilla, hace ya dos años.

—La obra de arte es un diálogo con la Naturaleza. Mejor aún: un monólogo ante ella.

Así se explica uno esta Castilla llena de ondulaciones, que intenta hacer perder la rigidez en una insinuante invitación.

—Pintura de creación con materiales naturales, formando una naturaleza poética ajena a todo lo que no sea pintura.

Palencia es un río de palabras

# Anecdótico Nacional

por CARLOS FERNÁNDEZ MORA

Dibujos de Noé Solano Y.



UNO de los gobernantes de Costa Rica que más se preocupó por el engrandecimiento de su patria, y que supo imprimirle nuevos rum

bos en materia de orden, disciplina y respeto, fué sin duda alguna el General don Tomás Guardia de grata recordación para los costarricenses. Para sus amigos fué el Gran Presidente, y para sus enemigos, el Dictador.

En alguna oportunidad, un náutico admirador del General, en una pared de un edificio situado en plena Avenida Central de la ciudad de San José, el siguiente letrero:

—"El General don Tomás Guardia nunca tuvo miedo".

Un estudiante, probablemente en el mes de diciembre, añadió abajo:

—"PORQUE NUNCA DIO EXAMEN"...

sonoras, palabras con colores. Es también un manantial de pinceladas que saltan sobre las cosas. El juego de las formas, sin más intención; la presencia de las formas. Unas ondulaciones, o unos caminos —le obsesionan los caminos— o unas figuras animales, o un hombre que va, aunque se haya quedado.

—La enorme seducción del arte actual es que está tratando de poner las cosas en su punto, es que está reintegrándolo a su función madre, creadora y poética.

En el Taller de Palencia está España medida en cuadros. Le ha puesto una trampa al paisaje. Una trampa maravillosa. El ojo andariego del pintor se ha recorrido la tierra, estudiándola y amándola. En Avila ha encontrado el sentido de Castilla como tal tierra.

—Una mancha de color y una raya, puestas con sensibilidad en una superficie, son más que suficientes para despertarnos sensaciones infinitas de las cosas.

Junto a nuestra conversación está otra conversación, la de José Córdoba, un poeta que ahora intenta levantar sus vo-

ces. En veinte años más, si persevera, será uno de los poetas de España de mayor prestigio. Se le han educado los ojos en el fuego de la pintura palenciana. El aliento de su poesía viene de las raíces terebianas y unamunianas, que son consumados maestros y maestros peligrosos.

Se oye de nuevo la voz del pintor, como una sentencia:

—Quien trata de imitar, está vacío.

Ya esto no es una conversación, sino otro monólogo. De pronto Benjamín Palencia se encaramó en uno de sus paisajes castellanos. Allí, levantando los brazos como un predicador, se ha puesto, con cierta majestad a decir cosas. Le gusta decir cosas. Por ejemplo, le gusta decir unas como estas, que ha repetido muchas veces:

—Gran sueño es para mí pintar en estas tierras aradas que se levantan inmensas con calidad de arcilla caliente, para plasmar mis formas gigantes que yo quiero crear con la fisiónomía de los caminos de Castilla, que andan en líneas rectas y ondulantes por el espacio. No comprendo la tristeza de España. Su luz, su color, la materia

# NOTICIA POSTUMA DE COLETTE

Por RAMON SENDER

**H**A muerto Colette. Así —sin necesidad de otros nombres— lo han anunciado en Francia los periódicos, han transmitido de viva voz la noticia sus lectores y ha invitado el gobierno francés a las instituciones de cultura a asistir a los funerales. Porque Colette ha tenido funerales nacionales como Napoleón y Victor Hugo. Como Paul Valery. La ligereza amable de Colette ha sido proclamada virtud nacional por el gobierno, las academias y el mismo ejército, de un modo encantadoramente francés.

Colette, entre libros admirables, tiene una serie de novelas alrededor de un personaje típico: una colegiala rebelde. La inocencia y la picardía juntas de "Claudine" han encantado a tres generaciones. En la primera de esas generaciones, las mujeres vestían todavía faldas largas, "polisón" y corsé. Y se escandalizaban con los libros de Colette. Un poco del reflejo de aquel escándalo de fines de siglo ha acompañado a Colette toda su vida. Y ha estado presente también en sus funerales, porque el arzobispo de París negó a Colette el entierro religioso.

La vida privada de Colette, sin ser escandalosa, ha ofrecido pretextos a la sociedad conservadora de Francia para el anatema. Por cierto que una parte de la sociedad católica ha hecho constar públicamente su protesta contra lo que consideraban falta de generosidad del arzobispo. Colette se había casado tres veces y divorciado dos. Siendo católica, sólo el primer matrimonio era válido. Como es sabido, la iglesia de Roma no tolera el divorcio. El escritor católico Graham Greene ha escrito palabras indignadas en la primera página del diario católico "Le Figaro".

No es la obra de Colette lo que el arzobispo condenaba, sino el divorcio que, automáticamente, excomulgaba a Colette y la situaba al margen de la congregación de los fieles. Contra esto, Graham Greene dice: "Las vidas de algunos santos ofrecen ejemplos peores, y el señor arzobispo con su prohibición hace pensar que la iglesia persigue el error humano más allá del lecho de muerte". Añade Greene que los no católicos tienen derecho a hablar de falta de caridad. Por si no bastara, el conocido novelista añade: "Naturalmente, los católicos más refle-

xivos pueden pensar que la vez de un arzobispo no es necesariamente y, en todos los casos, la voz de la Iglesia."

La pobre Colette ha sido acompañada a la tumba por un eco de desaprobación. Estaba acostumbrada, es verdad. En cuanto a su obra lo único que podía escandalizar en Colette era su inteligencia y su sinceridad. Una inteligencia un poco provocativas, y una sinceridad más desnuda de lo que acostumbra a ser la sinceridad literaria. Esas dos virtudes las ha explotado a lo largo de quince o veinte volúmenes de prosa inolvidable. Comenzó con "Claudine" y terminó con "El fanal azul", libro autobiográfico por el que desfiló todo el mundillo literario de París. Para ser más exactos, la vida literaria de Colette acabó con la versión teatral y la adaptación cinematográfica de "Cheri", una de las novelas maestras de su tardía madurez.

El entierro de Colette ha sido impresionante. Todas las academias de artes y letras, los órdenes honoríficos, los clubs, los teatros, el Ministerio de Educación Nacional y la presidencia misma del Estado se hallaban presentes. Al borde de la tumba hubo flores y discursos. El ministro de Educación dijo, entre otras cosas, que Colette era una escritora "paganas, sensual y dionisiaca". Pero lo decía tratando de definir el genio de la escritora, respetuosamente. Cosas de París.

No se puede negar que, con excepción de Santa Teresa de Jesús, todas las escritoras europeas de alguna importancia han sido paganas, sensuales y dionisiacas, entendiendo por esto último la tendencia a cualquier forma de embriaguez emocional de espaldas a la serenidad de la razón. No creo, sin embargo, que sea el caso de Colette. No hay en la Francia de hoy una prosa más inteligente que

la de Colette, ni una vida emocional más controlada, dominada y armoniosamente ordenada. Si el orden de Colette es desorden para el ministro de Educación, es un problema aparte.

Antes que Colette ha habido escritoras francesas mucho más paganas, sensuales y sobre todo dionisiacas. Por citar algunas, la condesa de Noailles, Marcelina Desbordes Valmore y la famosa George Sand. Por cierto que esta última tuvo también un entierro accidentado. El gobierno ofreció a la familia de George Sand funerales nacionales, por cuenta del estado. La Iglesia se negó a participar en ellos, pero se prestó a los funerales religiosos "en privado". Después de largas y complejas dudas, la familia prefirió los funerales religiosos.

Igual que se ha escandalizado Graham Greene, entonces se escandalizó nada menos de Flaubert. Tal vez la Iglesia habría dado también a Colette funerales privados, si no se hubiera adelantado el gobierno a hacer del cuerpo pequeño, gracioso e inquieto de la novelista, una bandera. En Francia acostumbran rodear el nombre de un escritor de una significación social, política y moral, que los partidos en lucha aprovechan en vida y en muerte. Los mejores ejemplos recientes son Renan, Hugo, Bergson, Romain Rolland. Todos ellos escribieron páginas políticas y entraron en combates y polémicas con la sociedad francesa de su tiempo. Colette no ha escrito una sola línea que se preste a una interpretación política inmediata.

La imaginación creadora de Colette contiene tres elementos muy vivos y activos: una inteligencia natural, una moral natural y un sentido natural del amor. Sus libros tienen la fragancia de la misma naturaleza referida a la vida de los efectos, es decir, a la amistad, al amor, a la esperanza, al

recuerdo, a la piedad, a la fe elemental en las pequeñas cosas de cada día. Nada hay en Colette que suponga afectación ni amaramiento. Ni "literatura", es de cir, deformación intelectualista.

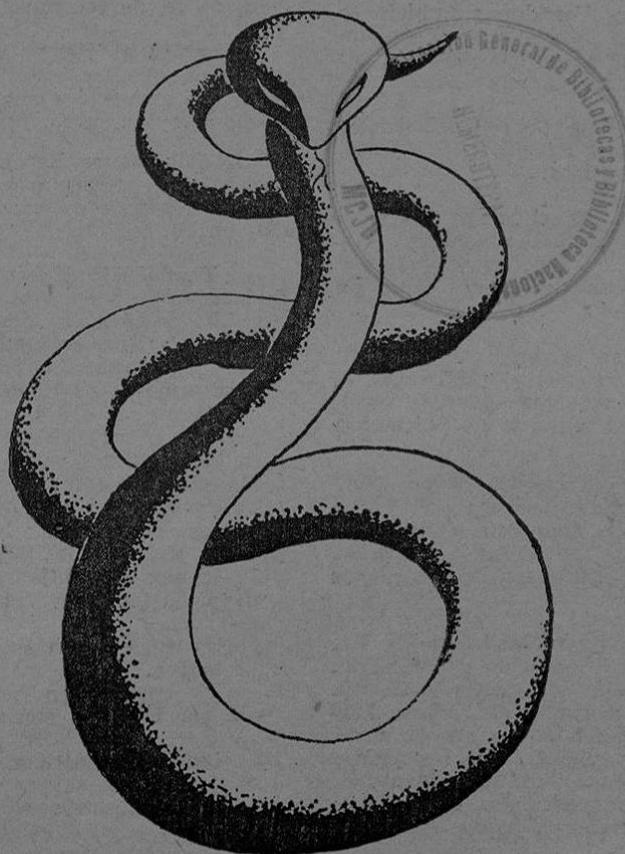
Aunque no queremos terciar en el pleito canónico, no podemos menos que comprender, aprobar y aplaudir el primer divorcio de Colette. Su marido estaba lejos de ser el marido ideal. Se dirá que hay muchos maridos abominables y muchas esposas virtuosas que callan y toleran. Pero Colette no era de esas. Su primer marido fue un escritor sin talento que la maltrataba, la traicionaba, y además, al descubrir que Colette tenía genio literario, le hizo escribir los tres primeros libros de Claudina y los firmó él. Las primeras ediciones de esas novelas aparecieron, pues, bajo el nombre de H. S. Willy. ¿Quién no simpatizará con la pobre Colette tan maltratada por el destino cuando apenas había cumplido veintidós años?

Conseguido el divorcio, vivió sola, escribiendo otros libros que fueron recibidos con el mismo entusiasmo: "Retiro sentimental", "La ingenua libertina", "El trigo verde" y sus delicados y agudos "Diálogos de animales". Al mismo tiempo debutó como actriz y ensayó la vida de bailarina de "music-hall". No echó raíces en ninguno de esos dos mundos, pero extrajo de ellos nuevas experiencias que podemos ver referidas en "El reverso del Music-Hall", "Mis aprendizajes" y otras narraciones hechas en el mismo tono de confidencia íntima que caracteriza el resto de su obra. En 1912 se casó con Henry de Jouvenel, director de "Le Matin" y escritor. Jouvenel hizo todo lo contrario que Willy. Empujó a Colette al primer plano de la actualidad literaria y se sintió halagado por sus triunfos.

Desde entonces, Colette escribió crítica literaria, novelas, ensayos. Adaptó al cine algunas de sus propias novelas, actuó como actriz en la dramatización de otras y vivió, sobre todo, con sus gatos y sus perros, en un apartamento con grandes ventanas sobre los jardines del famoso Palais-Royal.

En 1935, se divorció de nuevo para casarse con un tercero y último marido, y publicó poco después su famoso "Gigi", que es como una reafirmación de todas las cualidades ya sabidas, la suma de las cuales consiste en una facilidad de adivinación instintiva que le permite, con los recursos de expresión más simples, reflejar el mundo físico y el mundo moral sin tratar de idealizarlo y también sin envilecerlo. En ese sentido, Colette es una mente típicamente francesa. Razonable, armoniosa y realista.

Todos los autores de nuestro tiempo, incluidos Cocteau y Gide, han elogiado a Colette con las palabras más entusiastas y aparentemente más excesivas. Pero tienen razón. Colette en sí misma nos ofrece una serie de milagros que son suyos y propios. El más importante es el de la naturalidad y simplicidad del amor. Nadie ha sabido recordarnos como ella que el amor nace y muere en nuestros instintos, y lo primero que exige es que todos le reconozcamos los simples derechos de su naturaleza. El amor no es en Colette fatal, no es sobrehumano, no es lírico, poético ni novelesco. Es natural, universal y propicio como la luz de cada día.



de su paisaje; el fuerte matacán, el pino, el olivo, su arena ocre, llenos de alegría y sobriedad, no pueden ser tristes. Cuatro elementos despiertan el sentido de mi existencia plástica: el sonido, los olores, los tactos, los vientos...

Un discurso a lo mesiánico. Un texto para entenderle su pintura. Benjamín Palencia, pintor de España, quiere ser visto y escuchado y creído.

En una hermosa mañana madrileña conversé con el pintor. Ahora reconstruyo aquellas palabras tuyas, y recuerdo sus colores en este mi triste aposento de Hamburgo, pasajero aposento de visitante.

Hamburgo, julio de 1954.

## LOS DONES DE LA GRACIA

Obra analizada: **Lograd conmigo el canto;**  
liricas de Alfonso Ulloa Zamora. — 1954.

Estimado y paciente señor Director:

Nuestros autores jóvenes han adoptado una costumbre que no apruebo. A penas han escrito unos cuantos poemas, breves o largos, a penas han terminado unas pocas prosas, ligeras o profundas, reúnen lo producido en un volumen de pocas páginas y lo lanzan a la curiosidad pública. Hay, en ellos, una impaciencia sin límites. No quieren esperar que el tiempo pase; que a lo ya escrito se agreguen otras producciones para formar un volumen que no sea un folleto; para presentar un libro que merezca ese nombre. Así, al correr de los días, habrán podido revisar lo que ya salió de sus plumas privilegiadas, habrán tenido ocasión de reducir, de ampliar, de corregir, en manera tal que lo que dan a la apreciación, ajena e implacable, presente la más amplia de las perfecciones.

Alfonso Ulloa Zamora, en estos días de inquietud inesperada, me envía su segunda colección de líricas: **Lograd conmigo el canto.** Hay, en el pequeño volumen, profundidad en la intención que al concepto se refiere. Se ha impuesto, en el joven artista, la idea que desea abrirse campo. Y lo hace, en forma perfecta, valiéndose de la difícil ayuda que la lírica le ofrece.

Por una parte, hondo pensamiento. Por la otra, generoso sentimiento. Si en **Alto sentir**, su musa logró ascender hacia las puras regiones del ensueño, en **Lograd conmigo el canto**, su pensamiento ha sabido imponerse, en amplitud, en profundidad.

Dos llamados, dos incitaciones aparecen en las pocas páginas de este libro de esenciales características poéticas. La incitación primera es la evocada por el Amor y por la Luz. El llamado segundo lo lanzan, en voz baja, temerosa, el Silencio y el Tiempo y, con ellos, síntesis de ambos, la Muerte.

El canto humano arranca de la influencia divina porque Dios es, en el fondo, un canto de prodigio, inmarcesible. Hacia ese origen de pureza ascienden las aspiraciones humanas que van transformándose, de anhelos que son, en realidades efectivas. Y vuelven hechas canciones. A escuchar esas canciones nos invita el Bardo. Así serán logrados, con el Artista, los cánticos de tan alta estirpe.

A la orilla del Ser nació el fuego inquieto del Amor. De la serenidad absoluta surgió la inquietud, absoluta también.

El Canto del Amor ha de ser un gran todo de belleza, hermosamente asido a la ternura. Así lo cree el Artista. Así llega a lograrlo con suma facilidad. Se impone la emoción intuitiva. Deslumbra la fe confiada y resplandeciente.

El Poeta nos pide, sencillamente, creer. Abandonar ambiciones inconstantes. Olvidar soberbias inútiles. El Amor es simplemente fe. No hay, en él, ni tristezas hondas, ni ansias insondables. Si la fe lo creó, si la fe lo acompaña, el Amor es serenidad.

Comprendido así, el Canto del Amor deja de ser difícil. Ya no es imposible. El Poeta logró ese milagro. Porque, en el Amor, todo es milagro cuando está saturado de infinito.

En el principio, reinaban las tinieblas. Es el momento en el que Dante, el sublime desterrado, inicia su maravillosa odisea. Todo es error, olvido, pecado. En la cumbre, que apenas se distingue sumergida en nubes oscuras, surge la Esperanza. Después de la Fe sin límites, la Esperanza, también sin límites.

Nacen las vibraciones invisibles que dan origen a las magnificencias de la Luz. El Amor Primero lo quiso así al pronunciar la luminosa orden: ¡Sea la Luz! Y la Luz fue, en las cuerdas sensibles de las arpas y de las liras, un cántico vibrante de perfección indecible.

La Luz para el Artista tiene una clara dimensión de ensueño. En la rima y en el ritmo entona sus arpeggios luminosos el Poeta predilecto de las Musas. Para él todo estaba, todo está, en la Luz. Todo estaba, todo está, en el Amor. Porque Luz y Amor son creaciones directas, inmediatas que surgieron, vibrantes, de las manos milagrosas del mismo Dios.

Desapareció la Angustia cuando una Virgen, Madre de la Paciencia, dio vida a la Esperanza, "a orillas del mugido y del estiércol". Al Amor y a la Esperanza les concedió vida eterna la Gracia.

No palpitan solamente el Canto del Amor y el de la Luz. Hay otros. El Artista, en su Llamado Segundo, ha de hacérselo recordar. Hasta ahora, hemos gozado de los prodigios de la Creación y de las ternuras de la Redención. Preciso es, ahora, sumergirnos en la oración que es, a un tiempo mismo, admiración y entusiasmo. Se impone, entonces, el Silencio. El Silencio en canto, como con precisión, dice el Poeta.



## ASI VISTEN ELLAS

Margarita Dittel M.

*Porque crece como el árbol del ensueño, la tierra es voz de maravillas... Porque aflora en su ser toda la gracia, el instante es una magnolia desvaída... Porque ella es el resumen del poema, tiembla el rocío de las auroras eternas...*

(FOTO SOLANO)



"Es el Silencio, arpeggio de infinito,—con un sonar a nube y a puñal,— profundo y más intenso que el deseo."

El Canto del Silencio, que tanto necesita el esperanzado corazón del hombre, es una voz sin orillas como el mar, como el cielo. Del Silencio surgirá la armonía como de las tinieblas surgió la Luz. Basta la divina voluntad de los Dioses y de los Hombres. La armonía, que es luz en el sonido, y la luz, que es armonía en el espacio, logran transformar la desesperación de los hombres saturados de fe, de esperanza, de amor.

También el Tiempo es canto. La voz del Tiempo no acepta la diferencia que los espíritus sutiles, finitos, han querido sorprender entre los ayeres, los ahora y los después. La sinfonía del Tiempo es siempre la misma, una sola, indivisible.

El Tiempo es Esperanza. Es Luz. Es Amor. Es Infinito, en una palabra. ¿Para qué, entonces, deshacer, desmenuzar el Infinito? Escuchemos su canción triunfal. Vivamos, serenos y confiados, en El.

También la Muerte merece su canto. Silenciosa, amorosa, se desliza por la Vida, sintiéndose, a la vez, dentro y fuera del Tiempo. Ella es consuelo, descanso. Ascenso de lo limitado hacia lo ilimitado. Es Ella, esperada esperanza, en ocasiones. Otras veces, es temida presencia. Lo fundamental, en la Muerte, es la serenidad en cada uno de sus momentos.

Como se ve, el libro de Alfonso Ulloa Zamora, es un canto único a las múltiples bellezas que, esta Vida encantadora despliega ante nuestros ojos maravillados. En cada una de sus estrofas, resplandece el Amor a todos los seres; el entusiasmo por los destellos de la Luz que vivifica; la secreta confianza que, en el hombre, evocan los rumores del Silencio; la Fe intensa en el fecundo desfile del Tiempo; la confianza ilimitada en las ternuras de la Muerte, principio y fin de la Vida misma.

Hay filosofía en estas líricas. Filosofía honda y, por lo tanto, consoladora.

Hay emoción en cada uno de estos poemas. Emoción profunda y, por lo tanto, contagiosa.

¡Libros así, lástima que sean tan breves!

Con todo cariño, saluda al señor Director de LA REPUBLICA.